

Tema de Estudio Post Pilotaje

Tema de Estudio

Post Pilotaje

Con licencia eclesiástica.
Edita: ENS.
Calle San Marcos 3, 1º, 1ª
28004 Madrid
Tel/Fax: 91 521 62 82
D.L. GR-3304/2010
Impresión: Imagraf

ÍNDICE

Presentación	3
Primera reunión Desear	7
Segunda reunión Alimentarse	17
Tercera reunión Orar	27
Cuarta reunión Luchar	39
Quinta reunión Construir el matrimonio	49
Sexta reunión Construir el Equipo	59
Séptima reunión Vivir la vida cotidiana	69
Octava reunión Preocuparse por los otros	81
Bibliografía	91

Tema de Estudio

Post Pilotaje

—por la SUPERREGIÓN DE ESPAÑA—

LA SUPERREGIÓN de España ha decidido ofrecer este Tema de Estudio para los equipos que, finalizado su Pilotaje, acaban de entrar a formar parte de nuestro Movimiento, por varios motivos:

En primer lugar, porque lo consideramos como una verdadera ‘joya’. La Superregión de Francia con motivo del centenario del nacimiento del P. Caffarel decidió hacer una recopilación de algunos editoriales escritos a través de la Carta mensual en los comienzos del Movimiento y convertirlo en un Tema de Estudio. Nosotros hemos creído que merece la pena conocer en profundidad estos editoriales desde donde el P. Caffarel se dirigía a todos los miembros del Movimiento de aquella época, y a través de los cuales se iba creando una unidad de objetivos y fines. Os ayudará a conocer y a amar más a nuestro Movimiento.

En segundo lugar, nos ayudará a conocer más y mejor nuestro carisma. “Las ‘intuiciones fundadoras’ de un Movimiento son la tierra fecunda en la que enraíza el gran árbol en el que se convierte y donde todos van a buscar el alimento para vivir y crecer”, decía el P. Caffarel, cuando en 1973 dejaba en otras manos la animación de los Equipos de Nuestra Señora. Siempre es interesante volver a ese humus originario. El P. Caffarel no dejó nunca de reflexionar acerca de la vocación y de la misión del matrimonio cristiano y de hablar de ello a los equipistas. Estos editoriales son la mejor muestra de ello.

Y en tercer lugar, porque nos ayudará a conocer más y mejor a nuestro fundador. Se ha detectado que las nuevas generaciones del Movimiento no conocen el pensamiento del P. Caffarel acerca de la vocación y misión del matrimonio cristiano. Y si la Iglesia ha dado ‘vía libre’ para comenzar un proceso de beatificación es porque ha visto en

este sacerdote, nuestro fundador, algo especial que le puede hacer merecedor de ser proclamado santo. Todos debemos sentirnos muy orgullosos de seguir sus ‘intuiciones’ en el seguimiento a Jesús. Y, sobre todo, muy agradecidos por haber estado abierto a la acción del Espíritu Santo a la hora de haber dado a la Iglesia este carisma tan innovador en aquel tiempo y tan necesario en los momentos actuales.

El grupo de personas que hemos participado en la traducción y en la redacción final de este Tema, hemos disfrutado mucho con este trabajo. Esperamos y deseamos que todos vosotros tengáis la misma experiencia. Y si conocer mejor el pensamiento de nuestro fundador y el carisma de nuestro Movimiento os hace amarlo más, habremos conseguido nuestro objetivo.

¡¡Bienvenidos a nuestra gran familia ENS!!

¡Buen Curso y buen trabajo a todos!

¡Que el Señor os ilumine! ©

Estructura del Tema

El tema está dividido en ocho capítulos:

1. Desear
2. Alimentarse
3. Orar
4. Luchar
5. Construir el matrimonio
6. Construir el Equipo
7. Vivir la vida cotidiana
8. Preocuparse por los otros

Para ayudar a la reflexión, cada capítulo está compuesto por varios textos del P. Caffarel, transcritos en su versión original.

A estos textos le siguen:

- Pistas para la reflexión en pareja para favorecer la Sentada.
- Pistas para la reflexión en equipo (Estas pistas no son más que propuestas. A cada equipo y a cada matrimonio le corresponde reformularlas y adaptarlas a su realidad, si lo ven conveniente).
- Un texto de meditación para la oración en la reunión de equipo.
- Una propuesta para vivir la Ayuda Mutua.

Introducción

HENRI CAFFAREL nació en Lyon el 30 de julio de 1903 en el seno de una familia cristiana. Realizó sus estudios en el Colegio de los Hermanos Maristas. A los 20 años “se encontró con Cristo” y decidió ser sacerdote. Después de los años de formación, en los que concede la misma importancia a la oración como al estudio, fue ordenado presbítero por el Cardenal Verdier el 19 de abril de 1930.

Sus primeros trabajos apostólicos fueron al servicio de la Acción Católica, pero muy pronto se libera de este servicio para consagrarse por entero a lo que, desde el inicio, fue el centro de su vocación: la formación espiritual de los cristianos. Organiza retiros en Colegios y orienta a muchos jóvenes que acuden a él. Cuando éstos jóvenes se casan continúan la relación buscando consejo para su vida de casados. Es así como, en febrero de 1939, se reúne con un grupo de cuatro matrimonios a los que dice: “busquemos juntos

un camino de santidad para los matrimonios”. Así nace la espiritualidad conyugal fundamentada sobre el sacramento del matrimonio.

En medio de los infortunios de la guerra, 1939-1945; después en la euforia propia de la posguerra, los equipos de matrimonios se multiplican. Para profundizar en el primera intuición sobre la espiritualidad conyugal y difundirla ampliamente el P. Caffarel funda en 1945 la revista ‘L’Anneau d’Or’.

En 1947 dota a los grupos de matrimonios de una ‘Carta’ que les convierte en un Movimiento estructurado, los Equipos de Nuestra Señora, con su medio de comunicación mensual: ‘La Carta mensual de los ENS’. También puso en marcha un Movimiento para las jóvenes viudas de guerra con una pequeña revista: ‘Offertoire’.

La dirección de estas revistas y estos Movimientos absorbe su tiempo y sus fuerzas. Pero no pierde de vista su preocupación constante: llevar a los lai-

cos —y en primer lugar los matrimonios de los ENS— a una auténtica vida espiritual, animándolos a la oración diaria. Por eso, en 1957, crea una nueva revista: ‘Cuadernos sobre la Oración’, que, como ‘L’Anneau d’Or’, va a conocer un público internacional. En 1966, aprovechando una oportunidad que se le ofrece, abre una ‘escuela de oración’ en Troussures, cerca de Beauvois, donde cada año anima ‘semanas de oración’.

tianos a la meditación y llevarlos al encuentro personal con Cristo. Lo hace a través de sus ‘Cuadernos sobre la Oración’, de sus ‘Cursos de oración por correspondencia’, de sus publicaciones (ver bibliografía al final del tema), y a través de las semanas de oración en Troussures durante más de veinte años. Murió en Bouvois el 18 de septiembre de 1996. Su cuerpo reposa en el pequeño cementerio de Troussures. ©

Los Equipos de Nuestra Señora se multiplican por los cinco continentes. Su vida está marcada rítmicamente por los grandes Encuentros Internacionales. El P. Caffarel tuvo la gran dicha, en la peregrinación a Roma de 1970, de ver reconocidas por la Iglesia sus intuiciones sobre la santidad del matrimonio cristiano: fue el importante discurso de Pablo VI a los Equipos de Nuestra Señora el 5 de mayo de ese año. La revista ‘L’Anneau d’Or’ termina en 1967, pero sus trabajos, apoyados en la experiencia de los Equipos, han dado su fruto.

En 1973 el P. Caffarel cumple 70 años. Deja en manos más jóvenes la responsabilidad de los Equipos de Nuestra Señora y se consagra por entero a la pasión de su vida: iniciar a los cris-

Primera reunión

Desea

Una de las condiciones para entrar en los Equipos de Nuestra Señora es tener el deseo de progresar espiritualmente, personal y conyugalmente. Este deseo puede diluirse y perderse en las arenas movedizas del hábito y la rutina. Es indispensable mantenerlo y renovarlo. El P. Caffarel lo recuerda repetidamente.

¿Qué vienes a hacer en los Equipos?

Ya en 1948 el P. Caffarel colocaba ante los ojos de los equipistas la gran figura de san Pablo y su búsqueda apasionada de Cristo.

“Durante los últimos días he dado muchos y largos paseos por el campo en solitario. Llevaba conmigo las Cartas de San Pablo. Una vez más quedé impresionado por el indefectible amor del apóstol a Cristo. Durante esas lecturas estaba muy presentes en mi meditación, queridos amigos, y se me imponía el tema de las palabras que os iba a dirigir: es necesario volver a lo esencial en los Equipos de Nuestra Señora. El objetivo principal no es el intercambio de los puntos de vista, las amistades sólidas o la ayuda mutua material y espiritual; **lo esencial es buscar a Cristo**. Por desgracia, las palabras están gastadas, temo que la expresión ‘buscar a Cristo’ no despierte en vosotros sino un eco muy débil.

Pero he aquí algunos textos —¿qué digo?— algunos gritos de San Pablo que os van a mostrar lo que es buscar a Cristo y habiéndolo encontrado, pertenecerle.

San Pablo está poseído por la caridad: «Porque nos apremia el amor de Cristo» (2Cor 5, 14) «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?... pero Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas» (Rm 8, 35-37).

Le sucede como a nosotros, se encuentra frente a la alternativa de agradar a Dios o a los hombres. Pero su decisión está tomada: «Porque vamos a ver: ¿busco yo ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿Trato acaso de agradar a los hom-

bres? Si todavía tratara de agradar a los hombres, no sería siervo de Dios» (*Gal 1, 10*) «Así que nosotros somos unos necios por Cristo... » (*1Cor 4, 10*).

Cristo es la meta de su vida y no duda en sacrificar las dulzuras de su vida íntima para ir al encuentro de los hermanos a fin de que también ellos pertenezcan a su Maestro: «Me siento como forzado por ambas partes: por una, deseo la muerte para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor; por otra, seguir viviendo en este mundo es más necesario para vosotros» (*Flp 1, 23-24*).

No le faltaron sufrimientos diversos y sin duda, conoció horas de angustia. Pero él resiste: «Esta es la razón de mis sufrimientos; pero yo no me avergüenzo, pues sé en quién he puesto mi confianza» (*2Tim 1, 12*) ¿Sois capaces de entrever lo que estas palabras encierran de heroico coraje y, al mismo tiempo, de ternura del corazón? Su vida sólo tiene una razón de ser. Mantenerse fiel hasta el martirio: «Pues es necesario que Cristo reine» (*1Cor 15, 25*).

Ciertamente nosotros estamos muy lejos de semejante santidad. Pero la cuestión es saber si queremos, o no, ser poseídos por misma pasión devoradora. Y, volviendo a los Equipos, preguntarnos si es eso lo que venís a buscar **en primer lugar**, si ese deseo está presente en vuestros intercambios de puntos de vista, en vuestros oraciones, si realmente Él es la razón de ser de vuestra amistad y de vuestra ayuda mutua”.

(Carta mensual, noviembre 1948)

El objetivo primero

Dos años más tarde, el P. Caffarel vuelve sobre este tema con ocasión de unas Jornadas de Responsables de Equipo. Después de comprobar el buen desarrollo de estas Jornadas, apunta el sentimiento predominante: “Los Equipos de Nuestra Señora están sólidamente constituidos”, pero vuelve con insistencia sobre el primer objetivo.

“Si os hablo de estas Jornadas, no es tanto para invitaros a cantar victoria, sino para pedir os que intensificuéis el esfuerzo. Y, antes de nada, que **apuntéis en la dirección correcta**. Es decir, que hagáis bien el discernimiento de cuál es el primer objetivo, a fin de caminar hacia él.

¿Y cuál es ese primer objetivo?

¿Es la ayuda mutua fraterna en el plano material y espiritual? Nunca está de más repetir que amarse y ayudarse es la ley de Cristo. Pero, con todo, no es ese nuestro primer objetivo.

¿Es el estudio de la doctrina, del pensamiento cristiano? No lo incentivaremos lo suficiente; no hay cristianismo sin una fe esclarecida, sustentada y viva. Pero, en los Equipos, tampoco es este el objetivo primero.

¿Es el aprendizaje de la oración? Este tema es importante puesto que la oración es, de hecho, un aspecto característico de nuestros equipos. Pero, una vez más, hay que decir que ese no es el objetivo número uno.

El objetivo primero, aunque engloba todos estos aspectos, los excede y sobrepasa; el objetivo número uno es **la unión con Cristo**.

Unión con Cristo significa:

— Imitación de Cristo a todas horas y en cada una de las actividades de nuestra existencia.

- Comunión en la pasión y en la victoria de Cristo.
- Identificación con Cristo hasta poder afirmar con San Pablo: ya no soy yo el que vive, el que ama, el que sufre, el que reza; es Cristo el que en mí, vive, ama, sufre y reza.

Este es el objetivo número uno ¹.

¿Comprendéis ahora por qué os digo tantas veces que consideréis vuestra pertenencia a los Equipos como algo primordial en vuestras vidas? No es primordial estar inscritos en un club de alpinismo, adherirse a tal o cual asociación, etc., pero, si la unión a Cristo es **fundamental** para vosotros, y si los Equipos de Nuestra Señora os parecen que son el **medio providencial** para conseguirlo, entonces os digo que los **Equipos deben ocupar un lugar primordial** en vuestra vida.

¡Aquí no hay lugar para aficionados!”

(Carta mensual, febrero 1950)

Por Dios

He aquí un texto importante del P. Caffarel en el que repite la orientación fundamental que debe guiar al matrimonio que se incorpora a los Equipos de Nuestra Señora. Después de recordar la importancia de la finalidad, añade:

“¡En ciertos equipos, qué diversidad de intenciones en el fondo de los corazones! Alguno viene forzado, más o menos, por el cónyuge y para agradarle; aquel matrimonio, recién llegado a la ciudad, está feliz de entablar relaciones;

1. Me diréis tal vez, que es no es original, que este objetivo es también el de muchos otros grupos. Es verdad y no pretendemos monopolizarlo. Nuestra originalidad está en otra cosa. Está en los Medios para lograr ese objetivo; pero esa es otra cuestión de la que volveremos a hablar.

otro se decide porque «es necesario hacer alguna cosa»; encontramos también, muchas veces, el caso del matrimonio atraído por la esperanza de encontrar un cierto apoyo para su vida conyugal; y es posible incluso, en alguna ciudad, que esté bien visto formar parte de los Equipos.

Después están aquéllos que no tienen ningún objetivo, es decir, aquéllos que vienen por rutina y para no disgustar a los miembros de su equipo si se fueran. Ahora bien, os digo que ninguno de estos motivos justifica la presencia de un matrimonio en los Equipos. Algunos de ellos no son malos, pero ninguno es el verdadero; ninguno se corresponde con la razón de ser del Movimiento. Es normal que uno u otro de estos motivos acompañen al verdadero, pero ninguno debería ser el motivo determinante.

La única intención verdadera, la que corresponde a la finalidad de los Equipos es la voluntad de conocer mejor a Dios, de amarlo mejor y de servirlo mejor. Se llega a los Equipos por Dios y se permanece en ellos por Dios. El motivo de la entrada y la permanencia en el equipo es religioso, es decir, relacionado con Dios.

De hecho, ¿cómo pueden pretender aceptar los equipistas la Carta —estoy pensando en la primera parte— si no fuera ése su motivo? Bien sé que en el transcurso del tiempo los motivos se desvirtúan y, en ocasiones, de forma imperceptible, son recubiertos y ahogados, por la cizaña de motivos secundarios o falsos de forma que el matrimonio o la persona que entró con una intención verdadera, puede, ahora encontrarse en el equipo por una razón secundaria o no válida.

Es por lo que a menudo es preciso verificar en las reuniones mensuales el rumbo hacia el que cada uno se orienta. Corresponde al matrimonio responsable de equipo y al consiliario recordar la razón de ser de los Equipos, sobre todo en la reunión balance y antes de la renovación anual del compromiso (del cual es uno de sus significados principales) y también, alternativamente, a lo largo del año retomar la lectura, si no de toda la primera parte de la Carta, al menos de algunas frases que definen las grandes ejes espirituales del Movimiento.

¿Cómo queréis que en un equipo en el que hay disparidad de pretensiones —pensad en la variedad de razones que enumeré más arriba— no llegue a conocer un día una crisis grave? En el equipo se juntan fuerzas (o flaquezas) divergentes, opuestas, incompatibles. Basta un pequeño acontecimiento para desencadenar tensiones, provocar enfrentamientos entre sus miembros, y ocasionar inevitablemente una crisis. Muchas veces se atribuye ese estado de crisis a razones falsas: malos temperamentos, faltas de caridad, gustos diferentes... cuando de hecho, la causa es más radical: disparidad de intenciones.

Por lo tanto, todos los remedios que se pongan no pasarán de ser paliativos, incluso los esfuerzos de caridad fraterna, si cada uno no se compromete a convertirse en sus intenciones —o a retirarse. La lealtad exige que los miembros de un Movimiento entren y permanezcan en él, sólo si sus intenciones coinciden con el ideal que éste propone.

¡Qué fuertes, santos y radiantes serían nuestros equipos si todos sus miembros entrasen y permanecieran en ellos sólo por Dios!”

(Carta mensual, diciembre 1962)

Para la Sentada

- Escribid, cada uno por separado, que os sugiere la palabra 'santidad'. A continuación dialogad sobre el tema.
- ¿Me anima el deseo de buscar la santidad, tanto para mí como para mi cónyuge? ¿Este deseo está vivo y activo en nosotros, o, por el contrario, está adormecido o no existe? Si es así, ¿cómo podríamos despertarlo?
- ¿Por qué un día decidimos entrar en los Equipos de Nuestra Señora? ¿Por qué permanecemos? (Cada uno puede explicar al otro cuáles y como siente hoy la motivación de su permanencia)

Para compartir en la reunión del equipo

- El Concilio Vaticano II recordó que todos los hombres están llamados a la santidad. ¿De qué se trata cuando hablamos de santidad? Compartid en el equipo lo que habéis reflexionado en la Sentada acerca de la misma. ¿El equipo podría llegar a una definición única de lo que es la santidad?
- ¿Qué podemos hacer para que otros descubran que también están llamados a la santidad?
- Cada uno exprese las motivaciones profundas de su pertenencia a los Equipos de Nuestra Señora. ¿Creemos que estamos en el camino correcto?

Para la Oración

La perfección está en el amor

«Habéis oído que se dijo: ama a tu prójimo y odia a tu enemigo. Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen. De este modo seréis dignos hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa merecéis? ¿No hacen también eso los que recaudan impuestos para Roma? Y si saludáis sólo a vuestros hermanos ¿qué hacéis de más? ¿No hacen lo mismo los paganos? Vosotros sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».

(Mt 5, 43-48)

Para vivir la ayuda mutua

En función de lo dialogado en la reunión, pensad todo el equipo un en un medio concreto para hacer crecer nuestro deseo de Dios.

Segunda reunión

Alimentarse

La vida en Cristo requiere ser alimentada constantemente. En caso contrario, languidece y corre el riesgo de extinguirse a la primera borrasca. Pero no se trata sólo de ir viviendo; el objetivo es una vida en plenitud y es ese desbordamiento de vida lo que es la vitalidad. Ésta fue la preocupación constante del P. Caffarel: desarrollar la vitalidad teológica de las personas y de los matrimonios; llevarlos a alimentarse espiritualmente.

¿Por qué tantos fracasos?

El P. Caffarel quería ser una persona práctica: alguien que observa la realidad para diagnosticar y proponer los remedios adecuados. Ahora bien, ¿Qué constata?: *“¡De cuántos brotes de vida, alegres y llenos de promesas, he sido testigo! Veinte años después, cuántos fracasos, públicos o privados”*. Diagnóstico: mediocridad y tibieza. La causa: falta de alimento. El remedio: **la Eucaristía, la Palabra de Dios, la oración.**

“La explicación parece imponerse. Así como el cuerpo se debilita cuando sus necesidades no son satisfechas (privado de agua, se deshidrata rápidamente; desnutrido, se vuelve anémico; si falta el sueño, la depresión nerviosa está al acecho; si falta el oxígeno se asfixia) también el espíritu, frustrado en sus necesidades vitales, manifiesta fenómenos idénticos: anemia espiritual, disminución de la vitalidad, pérdida del gusto por la vida interior. A decir verdad, muchas veces el interesado no tiene conciencia de la alteración de su salud moral. Pero cuando viene una epidemia —quiero decir una tentación— es una catástrofe. Todos se asombran ante lo brusca caída. En realidad no es brusca más que aparentemente, se venía preparando tiempo atrás. En cuantas ocasiones oí decir: «Durante veinte años fue un matrimonio que se citaba como modelo, y de repente...» no, de repente no, hace mucho tiempo que habían bajado la guardia.

Las necesidades espirituales son muchas. Hay tres que me parecen urgentes recordar. Las enseñanzas de los maestros en espiritualidad y mi propia experiencia sacerdotal de veinticinco años me convencieron de su imperiosa necesidad.

Nuestra generación no merece, al menos teóricamente, el reproche de que subestime la **Eucaristía**. Nació a la vida cristiana después de los decretos de Pío X sobre la comunión temprana y frecuente. Niños y niñas han adquirido el hábito de comulgar los domingos e incluso entre semana. Pero cuántos abandonan la comunión cuando les es más necesaria: para superar las dificultades de la vida conyugal, para afrontar los peligros de los compromisos políticos, para superar el ambiente materialista, para mantenerse a salvo de esta caída en los días grises de la vida en la que «se vive, de manera voluntaria, por aburrimiento... porque el camino es largo y la meta está lejos, porque uno se encuentra solo y no existe el consuelo» (Claudel)

No es por casualidad que, para darse a nosotros, Cristo tomara pan y vino y no un manjar extraño; el pan es un alimento cotidiano. Los cristianos todos los días piden al Padre, el Pan necesario. Inconsecuentes, descuidan el ir a buscarlo ¡Creerán que es posible vivir sin comer!

Hay otro alimento, no menos necesario que la Eucaristía para el espíritu, aún más abandonado: la **Palabra de Dios** (Antiguo y Nuevo Testamento). Se invitó a los católicos a comprar la Biblia y lo hicieron. Ahí está, en la mesita de noche para servir de zócalo a la lámpara, ¿la abrirán en alguna ocasión? Ahora bien, el amor necesita expresarse, intercambio, comunicación. ¿Pensáis que durará mucho tiempo el amor entre ese oficial destinado lejos y su mujer que quedó en Francia, si olvidan escribirse? Nuestro amor a Dios, para que se mantenga vivo, exige una fe y un conocimiento fuerte: «la vida eterna es que te conozcan, a Ti, único Dios verdadero». Ahora bien, el medio privilegiado para poseer una fe viva es dejar que la Palabra de Dios, viva, creadora y recreadora, penetre en nosotros. Es ella la que, mostrándonos las grandes obras del Señor, las «magnalia Dei»², tiene el poder de despertar todo lo que en nosotros es digno de admiración y de alabanza; es ella la que, repitiéndonos las promesas divinas, hace brotar nuestra esperanza; es ella la que, revelándonos el amor infinito de Dios, hace arder en nosotros aquel fuego que Cristo vino a traer a la

2. N. del T. Las maravillas de Dios.

tierra. Nada de sorprendente tiene el que la vida divina —fe, esperanza y caridad— disminuya y se extinga en quien omite escuchar a su Dios que le habla.

La **Oración** no es menos necesaria. Salva de la asfixia a nuestra alma, aquélla ‘secuestrada’ como dice Claudel. En la oración, la ‘prisionera’ sale al aire libre y comienza a respirar. Su vitalidad, alimentada por el pan de la Palabra y por el pan Eucarístico, puede, por fin, actuar: al Dios que le habla, ella responde; al Dios que se dio, ella se entrega. Entre Dios y el alma se establece un intercambio vivo, esta comunión a que todo amor aspira. Y poco a poco la vida entera del que ora, y porque ora, se convertirá en oración.

Sé bien que pondréis objeciones [...] “¿Cómo quiere que nosotros, con jornadas agotadoras por trabajos profesionales o domésticos, podamos encontrar tiempo para ir a misa, leer las Escrituras y hacer oración?”

- “¡Encontráis tiempo para comer y dormir!”

- “Eso es necesario”

- “Sí, pero la cuestión es si, cuando rehusáis dejar morir el cuerpo, optáis por dejar morir vuestra alma de inanición. Y si encontráis normal, que Dios sea prácticamente excluido de vuestro día a día.

Conozco hombres y mujeres que un buen día decidieron reaccionar. Planificaron su existencia en función de su vida cristiana y no a la inversa. Algunos tuvieron que modificar profundamente sus proyectos de vida. No pretendo, por otra parte, que lleguen a eso de la noche a la mañana, incluso su proyecto nunca pueda ser modificado por razones de fuerza mayor. Pero lo que sí puedo asegurarles es que para estos directores de empresa, estos médicos, estos obreros, estas madres de familia numerosa —que no están menos sobrecargados que vosotros— su vida se transformó desde que la Eucaristía, la Palabra de Dios y la oración encontraron un lugar en su vida cotidiana. Para ellos no temo la quiebra de su fe ni la de su hogar. Están vivos.”

(Carta mensual, mayo 1955)

El pan de cada día

Después de recordar el privilegio de los cristianos del siglo XX que, desde San Pío X, tienen la posibilidad de comulgar todos los días, el P. Caffarel se pregunta, en 1958, sobre lo que hacemos nosotros con ese privilegio.

“Han pasado 50 años; ¿dónde estamos? El entusiasmo y el deseo por la mesa santa fueron de corta duración. La rutina, esa vieja encantadora, ha vuelto a recuperar sus derechos. *Abuso y desidia*, dos de sus frutos, es lo que podemos comprobar a gran escala. Abuso: comulgar en la misa dominical, para muchos, no es más que rutina; los creyentes no se preparan para ello, se olvidan de ‘probarse a sí mismos’ como recomienda San Pablo; la acción de gracias es suprimida y el día se pasa en el olvido de la Eucaristía. Desidia: si muchos cristianos adquirieron el hábito de comulgar en la misa dominical, pocos van diariamente a misa y comulgan. No es por excesiva preocupación de pureza escrupulosa, ni por extremo respeto por el Santísimo Sacramento, motivos que antes inhibían a algunos jansenistas y que no dejaban de tener su importancia. No, las razones son más prosaicas. Falta de tiempo, dicen unos; incompatibilidad con nuestros horarios de trabajo, dicen los hombres; con las salidas de las clases, dicen las madres de familia. Y, ciertamente, muchas veces, eso es verdad. ¿Pero, cuántas veces no es más que un pretexto? La prueba está en el hecho de que las extraordinarias facilidades ofrecidas a quienes viven en las ciudades —amplitud de horarios de mañana y tarde— y la nueva reglamentación del ayuno eucarístico no cambia mucho el panorama. Es necesario cavar más profundo para encontrar la verdadera explicación, para comprender la falta de lógica de estos cristianos que en el Padre nuestro piden el pan de cada día y renuncian a ir a buscarlo. En el fondo, les falta devoción, y de fe viva, por la Eucaristía (las protestas que se levantarán cuando dé esta explicación no me harán cambiar de opinión). Al menos, si la fe y el hambre, demasiado débiles, son insuficientes para conducirlos a la Eucaristía, deberían acudir a ella por simple docilidad a la llamada del Cristo que la Iglesia no hace sino traducir [...].

Pero, de hecho, ¿conocen realmente el pensamiento de la Iglesia? Los padres y educadores a los niños y los sacerdotes a los fieles, ¿han transmitido bien el

mensaje? Nuestros cristianos de 1958 saben, ciertamente, que se puede comulgar todos los días; se trata, piensan ellos, de una devoción edificante; en el mejor de los casos, los propios militantes en su conjunto, ¿han entendido y aprendido que el precepto normal del cristiano normal es la comunión diaria? Y, sin embargo, qué más explícito que estas otras palabras de Pío X: «la Iglesia desea que **todos** los fieles se acerquen **diariamente** a la mesa sagrada [...]».

La Eucaristía tiene un lugar central en la vida cristiana, pero no debe quedar aislada de otros elementos de esa vida cristiana, los cuales, unos preparan el terreno a otros para que fructifiquen. Me contentaré con mencionar tres de una enorme importancia: el cultivo de la fe, particularmente a través de un contacto habitual con la Palabra de Dios; la oración; y el amor al prójimo, un amor al mismo tiempo vivo y eficaz. Surgen en seguida las protestas: «¡No habla en serio, no conoce nuestra vida de laicos!» Lo que yo sé es que no hay cristianismo de segunda. También conozco algunos cristianos —perfectamente normales, os lo garantizo— que consideran que las necesidades vitales del espíritu, que no son menos que las del cuerpo, no pueden ser obviadas sin grave peligro.

No niego que algunas personas, a pesar de su deseo, se vean en la imposibilidad de ir a misa diariamente. Ésas, que se tranquilicen. Su sufrimiento a causa de esta privación y el deseo que mantienen harán que obtengan las gracias que Dios reserva a sus hijos con imposibilidad de acercarse a las fuentes sacramentales.

Pero estoy convencido de que podríamos esperar un futuro magnífico para nuestras cristiandad si, por fin, se llegara a comprender que la misa y la comunión diaria son el régimen normal del cristiano; que dispensarse de ella, sin razón válida, es dar prueba de un tremendo desconocimiento de ese prodigioso don de amor divino que es la Eucaristía. Veríamos multiplicarse las vocaciones sacerdotales y religiosas: alimentadas por la Eucaristía, las almas aspiran a un don cada vez más total. Asistiríamos a una inesperada fecundidad de los Movimientos católicos. Y el sacramento del matrimonio, ‘sobre activado’ por su conexión a la Eucaristía, daría su máximo efecto de fidelidad, de pureza y de santidad conyugal”.

(Carta mensual, marzo 1958)

El misterio del Evangelio

¡Si conociésemos el misterio del Evangelio! El P. Caffarel trata de explicárnoslo.

“Lo que constituye el valor y la importancia de los evangelios no sólo es el hecho de que recojan los gestos y las palabras de Jesucristo nuestro Señor, sino el hecho de ser, según la poderosa expresión de San Agustín, «la boca misma de Jesucristo».

De hecho, os engañáis si vieseis en el evangelio palabras antiguas, piadosamente conservadas, palabras del mayor de los hombres que alguna vez pisó la tierra. El Evangelio es la **voz, viva y permanente** del que vive, el gran Viviente, presente hoy entre nosotros, de acuerdo con su promesa: «yo estaré siempre con vosotros hasta la consumación de los siglos».

Esta palabra se dirige, sin duda, a toda la Iglesia, pero también a cada uno de nosotros. Cuando abro el Evangelio tengo razón al pensar: Alguien me habla. Leer un libro o un artículo de prensa, que se dirige a todos y a ninguno, es distinto a leer una carta que me dirigen personalmente. En definitiva, el Evangelio es esa carta de Dios dirigida a mí.

Alguien me habla. Jesucristo me habla. Esto es ya extraordinario. Pero, ¿de qué palabra se trata? Porque hay palabras y palabras. Existe la palabra del militar que ordena, ésta apunta al actuar; está también la palabra del profesor que enseña, ésta apunta a comunicar un saber; conocemos también, y muy bien, la palabra del joven que declara su amor a su novia: ‘te amo’. Es mucho más que una orden, más que una enseñanza, ésta es una palabra que transforma a un ser de arriba a abajo. Decide un destino.

A través del evangelio Jesucristo habla y, sin duda, enseña aquello en lo que se debe creer y dice lo que se debe hacer; pero, por encima de todo, Él se dice a sí mismo, me hace la conmovedora confidencia: «te amo hasta el sacrificio de mi vida». La fe por la cual respondo a su confesión es algo más que la sim-

ple adhesión de mi inteligencia a su enseñanza; es algo más que la obediencia a sus mandamientos; es un impulso de todo mi ser por el que me entrego a Él sin reservas.

Pero aún hay algo más bello y misterioso. La palabra de Cristo en el Evangelio no sólo es enseñanza, preceptos, confesión de amor: es acción. Opera. Esa voz que escucho al leer el Evangelio es la misma que calmaba la tempestad furiosa, que curaba la lepra, la misma que resucitaba a los muertos, que perdonaba los pecados, que engendraba hijos de Dios (*Stg 1, 18; 1Pe 1, 23-25*).

Esta palabra no pierde ni su poder, ni su actualidad. Los orientales comprenden bien esto; cuando el sacerdote lee el Evangelio, todos se abalanzan hacia el Libro, imitando a las multitudes que en otro tiempo seguían a Cristo.

¿Comprendéis ahora que el Evangelio pueda ser comparado con la Eucaristía? ¿Que se le llame ‘sacramento’ en el sentido antiguo del término? ¿Que san Agustín pudiera escribir: «por su evangelio, Jesucristo está realmente presente entre nosotros»? Es más, es el propio Jesucristo quien nos invita a comparar el Evangelio con la Eucaristía. Escuchad estas dos frases, más o menos idénticas, una relativa a la Eucaristía: «quien realmente come mi carne o bebe mi sangre tiene vida eterna» (*Jn 6, 54*) y esta otra relativa a su Palabra: «el que guarda mi palabra, no morirá jamás» (*Jn 8, 51*).

¿Por qué será entonces que los mejores cristianos, aquéllos que se apresuran a recibir la Eucaristía, muestran tanta negligencia en ‘escuchar’ y ‘guardar’ la Palabra de Cristo, y que su ‘Palabra Poderosa’ habite tan poco en ellos?”

(Carta mensual, enero 1964)

Nota: La vida espiritual sólo crece si es alimentada. Se proponen aquí tres medios para alimentarla: la Eucaristía, la Palabra de Dios y la Oración. Dejaremos la Oración para el próximo capítulo. Preguntémonos sobre nuestra participación en la Eucaristía y sobre la escucha de la Palabra de Dios.

Para la Sentada

- Reflexionad, cada uno por separado, sobre el sentido que tiene la Eucaristía en su propia vida. Después compartid y dialogad con vuestro cónyuge sobre esta cuestión. Buscad la forma de ayudaros a progresar en este punto.

- ¿Con qué frecuencia participamos en la Eucaristía? ¿Cuáles son las razones de esa práctica? ¿Qué aporta a nuestro matrimonio?

- ¿Encontramos demasiado exigente una participación frecuente en la Eucaristía?

- Si consideramos que deberíamos llevarlo a la práctica ¿hemos buscado soluciones reales para participar en la Eucaristía durante la semana? Por ejemplo, ¿sabemos los horarios de la misa diaria en nuestra parroquia o cerca de nuestro lugar de trabajo?

- De una forma similar, preguntaos acerca de la Palabra de Dios: ¿Qué lugar tiene en nuestra vida? ¿La vivimos como una carta personal de Dios? ¿Cómo podemos ayudarnos?

Para compartir en la reunión del equipo

- *«Si no coméis mi carne, no tendréis vida en vosotros»* ¿Estamos convencidos de la importancia de la Eucaristía para alimentar nuestra vida espiritual? Compartamos con los demás acerca de nuestra práctica eucarística, su frecuencia, la forma en que nos preparamos a ella, etc.

- ¿Participamos en la preparación concreta de la Eucaristía en equipos de liturgia?

- ¿Encontramos demasiado exigente una participación diaria en la Eucaristía?

- ¿Qué lugar ocupa la Palabra de Dios en nuestra vida? ¿Hacemos lectura diaria o no? ¿De qué manera? ¿Qué buscamos en ella? ¿Qué hacemos para comprenderla mejor?

- ¿Participamos en la preparación concreta de la Eucaristía en equipos de liturgia?

Para la Oración

Quien no me come no puede vivir

«Yo soy el pan de Vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Pero éste es el pan que baja del cielo, para que el que lo coma no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo». Los judíos discutían entre sí, diciendo: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?». Jesús les respondió: «Os aseguro que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre, verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él».

(Jn 6, 48 – 56)

Para vivir la ayuda mutua

Intentad reuniros el Equipo para la Eucaristía del domingo y ayudaros unos a otros para participar en ella entre semana (Buscad un horario en que podáis encontraros).

Tercera reunión

Orar

Entre los alimentos esenciales de la vida cristiana, la oración, sobre todo bajo la forma de oración de meditación, no está lejos de ser la más fundamental, en la medida que hace que los otros alimentos sean asimilados por nuestro espíritu. Ésta era la convicción del P. Caffarel. De ahí su insistencia en este punto.

1/96 avos

En un editorial de noviembre de 1952, el P. Caffarel presentaba ante los ojos de sus lectores una regla graduada con noventa y seis divisiones.

“Echad un vistazo a esta regla. Noventa y seis divisiones: los noventa y seis cuartos de hora que tiene un día. Contad a partir de la izquierda el número de horas que reserváis al sueño y trazad una señal; después contad el número de horas de trabajo profesional o doméstico: otro tras. A continuación, las horas de comida, el tiempo de desplazamientos, de lectura del periódico, etc. Finalmente, esta vez comenzando desde la derecha, el tiempo que consagráis a la oración. Después, ¡comparad!

Me diréis: «No hay nada más engañoso que este tipo de cálculos. Usted compara realidades que no se pueden comparar. La oración no es cuestión de tiempo. Ni tampoco el amor: no porque yo le dedique diez horas al día a mi trabajo y muy poco tiempo a hablar con mi mujer o mis hijos es que no los ame o los ame menos que a mi despacho. El amor no es una cuestión de tiempo».

¡A saber! Cuántas veces el amor de los esposos y el afecto entre padres e hijos peligran, justamente porque no son alimentados profundamente. Nuestros amores humanos necesitan de encuentros, intercambios, momentos de corazón a corazón. Eso es vital.

Lo mismo sucede con el amor a Dios. Éste decae en el alma del creyente que no reserva todos los días momentos de encuentro con su Señor, momentos de intercambio, de intimidad, es decir, de oración. Y esto no es menos vital. Hay quien me responde: ‘Pero de dónde quiere que saque tiempo para rezar?’

Me deja perplejo... o no comprende el carácter vital de la oración para alimentar la vida religiosa o tiene que ver al psiquiatra. Es como si la madre de familia numerosa que sufre una grave anemia, respondiera al médico: ‘¿cómo quiere que saque tiempo para comer, con ocho hijos y todo lo que eso implica de biberones, ropa para lavar, baño de los más pequeños, las ayudas de estudio a los mayores...?’

La cuestión está en saber si es vital comer, la cuestión es saber si es vital rezar.

Después de todo, tal vez sea por culpa nuestra, los sacerdotes, si los cristianos no valoran la oración. ¿Les advertimos suficientemente de la anemia espiritual a que se exponen? Cuándo vienen a confesar su cobardía, su orgullo, su impureza, en vez de insistir en no recaer, ¿llamamos su atención sobre la causa: su estado de menor resistencia que los hace terriblemente vulnerables? ¿Les recomendamos la única cosa que les permitirá adquirir una vitalidad espiritual y, por tanto, resistir las amenazas exteriores e interiores, es decir, les recomendamos la oración?

Me preguntaréis: ‘Entonces, ¿el gran remedio no es la Eucaristía?’ Sin duda, pero la Eucaristía en el alma que no reza es simiente en tierra sin labrar, no puede producir frutos. Creo poder asegurar esto después de veinte años de ministerio: el cristiano que no consagra todos los días diez o quince minutos (una nonagésima parte del día) a esa forma de oración que llamamos oración interior o meditación, permanecerá siempre infantil, o más bien, sucumbirá. Conocerá graves crisis de las que no saldrá glorioso o de las que puede que no salga en mucho tiempo.

En lugar de detenerme en el aspecto negativo de este punto, prefiero terminar recordando a tantos hombres y mujeres, que conozco bien, no menos cargados de hijos; no menos absorbidos por sus trabajos profesionales y domésticos que los demás, cuya vida cristiana es profunda, rebosa y brilla porque la oración es su alimento diario. Han comprendido que es vital. Viven de ella”.

(Carta mensual, noviembre 1952)

¿Adultos?

En un editorial que se destinaba a la 'Carta mensual' y cuya imprevista amplitud le llevó a incorporarlo en 'L'Anneau d'Or'³, el P. Caffarel se preguntaba acerca de la aparente ineficacia del esfuerzo de los cristianos en la esfera de lo temporal y en la del apostolado. Se preguntaba a sí mismo el porqué y concluía que era debido a la falta de vitalidad por falta de oración.

“[...] Sería realmente demasiado simple y demasiado simplista echar las culpas a nuestros contemporáneos, declararlos impermeables al cristianismo. Sería demasiado fácil decir, pura y simplemente, que la pastoral tradicional está caduca, que nuestros métodos de apostolado fallan y que es preciso encontrar otros nuevos. Sin dejar de reconocer la parte de verdad que estas afirmaciones tienen, creo que el mal es más profundo. Lo que me parece que falta en la comunidad cristiana y en sus miembros es vitalidad: ningún impulso ni ninguna pasión les embarga.

Por mi parte, creo encontrar la razón de esta inquietante anemia en el desafecto de los cristianos de hoy por la oración, en particular, por esa forma de oración del hombre a solas con su Dios que se llama meditación. En los que la descuidan, la eficacia de la Palabra de Dios y los sacramentos está como reprimida.

Porque no van a beber la fuerza divina en la oración, éstos cristianos flojean en la acción; porque no contemplan las grandezas de Dios, se vuelven pusilánimes; porque no se elevan hasta los pensamientos del Señor, tienen una visión miope de los problemas del mundo, porque no se adhieren a la Energía creadora, no son eficientes. En una palabra, cuando los cristianos no practican la oración de meditación, quedan como aprisionados en un estado infantil.

3. *L'Anneau d'Or* era una revista de espiritualidad conyugal y familiar fundada por el Padre Caffarel en 1945 y que se dejó de publicar en 1967.

[...] En todos los hombres de oración cuya evolución he podido seguir compruebo, en efecto, una afirmación de su personalidad, una mayor serenidad, una visión a la vez más amplia y más realista de los problemas, una eficacia multiplicada, en suma, un aumento de vitalidad humana y sobrenatural. No por esto se vuelven perfectos de la noche a la mañana ni son liberados, milagrosamente, de sus defectos y limitaciones. En fin, en una palabra, son adultos.

Yo añadiría que sólo ellos están realmente presentes en el mundo, aunque no se les haya dado grandes responsabilidades en la Iglesia o en la ciudad («Nuestros pies están en la tierra, pero nuestro corazón late en el mundo» escribía una madre de familia). En efecto, la presencia es, ante todo, de orden espiritual. Recordad a Moisés cómo rezaba en la montaña, mientras los israelitas luchaban en el valle (*cfr. Ex 17, 8-13*). Está de tal manera presente en el combate que mientras tiene los brazos levantados hacia el Señor sus tropas vencen al enemigo, pero cuando sus brazos desfallecen de cansancio, sus hombres quedan como despojados de energía y huyen. Siempre que los cristianos no estén en el mundo, en primer lugar, con este tipo de presencia, no serán sino figurantes y no los verdaderos actores de la partida que se juega.

(El P. Caffarel vuelve al problema de la falta de tiempo)

Para finalizar, no os oculto que tengo mala conciencia de haber tenido que defender ante vosotros la ‘causa’ de la oración. ¿No es monstruoso tener que multiplicar los argumentos para invitar al hijo a ir junto a su padre, abrirse a sus confidencias, vivir en su intimidad, expresarle su amor y gratitud? Y cuando ese Padre es Dios...”

(L’Anneau d’Or, enero-febrero 1949)

Primeros consejos a quien quiere hacer oración

Invitar a hacer oración es la primera etapa, enseñar a orar, la segunda, a la cual el P. Caffarel dedicó toda su vida. Ver sus obras, particularmente: 'En presencia de Dios' y 'Cien cartas sobre la oración', de las cuales, él mismo extrajo estos consejos para los matrimonios de los Equipos.

“No busquéis en estas páginas recetas de eficacia garantizada; sino esforzaos, sobre todo, por captar el espíritu.

COMENZAR BIEN

Ciertamente, para la oración, como para muchas actividades, es importante un buen comienzo, si no, al cabo de cinco minutos, se queda uno extrañado de estar sobre un reclinatorio: mientras el corazón ha ido a la oración, el pensamiento ha quedado en los negocios.

Os aconsejo vivamente cuidar los gestos y actitudes al comienzo de la oración. Una actitud clara y dinámica de persona lúcida que se presenta ante Dios; una inclinación profunda o la señal de la cruz realizada lentamente, cargada de sentido. Tranquilidad y calma son de gran importancia para romper el ritmo precipitado y tenso de una vida ajetreada y acelerada. Unos instantes de silencio, como un frenazo, contribuirán a introducirnos en el ritmo de una oración meditativa y a realizar la ruptura necesaria con las actividades anteriores. También puede ayudar recitar una oración vocal, muy lentamente, a media voz.

Tomad entonces conciencia, no digo de la presencia de Dios, sino de Dios presente: el que vive, el 'Gran Viviente', que está ahí, que te espera, te ve, te ama. Él tiene su idea sobre esa oración que vas a comenzar y te pide que estés ciegamente de acuerdo con lo que Él quiere.

ACTITUDES INTERIORES

Vigilad las actitudes interiores mucho más que las corporales. Las actitudes fundamentales del hombre delante de Dios son: dependencia y arrepentimiento.

Dependencia: no la vaga sumisión de quien, a veces, tiene que renunciar a un proyecto para hacer la voluntad de Dios, sino una dependencia mucho más radical: la del torrente (que se extingue si se separa de su manantial); la del sarmiento (que se seca y se pudre cuando es separado de la cepa); la del cuerpo humano (que no es más que un cadáver cuando se rompe el cordón que le une al alma).

Arrepentimiento: ese sentimiento profundo de nuestra indignidad innata en presencia de la Santidad de Dios. Como San Pedro que, de repente, se prostra ante Jesucristo: «apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador...».

Estas dos actitudes son importantes para preparar en ti los caminos del Señor.

Con el alma así predispuesta, pedid la gracia de la oración, pues, ya os lo he dicho, la oración es más un don de Dios que un trabajo del hombre. Invocad humildemente al Espíritu Santo: él es nuestro maestro de oración. Podéis entonces adoptar la postura corporal más favorable para la liberación del alma.

EJERCICIO DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES

Así preparados, la oración, propiamente dicha, puede comenzar. ¿Qué esperáis de ella? Que Dios tome posesión de vosotros. Y el único medio es poner en acción esas tres grandes facultades sobrenaturales que el Señor nos dio precisamente para entrar en contacto, en comunión con Él: (por eso se llaman ‘virtudes teologales’) la fe, la esperanza y la caridad. Ellas son en vosotros los dinamismos sobrenaturales dispuestos a entrar en juego tan pronto como os acerquéis a Dios.

Ejercitad vuestra fe. No os digo que especuléis sobre Dios, sino que penséis en Él meditando lo que os dice de sí mismo a través de la Creación —donde todo habla de sus perfecciones—, a través de la Biblia, y sobre todo y en primer lugar, a través de su Hijo que no se encarnó, ni vivió, ni murió sino para revelarnos el amor infinito del Padre. El gran mérito de un San Bernardo, de los franciscanos de los siglos XIII y XIV, de San Ignacio de Loyola, fue justamente haber anunciado, a las almas de oración, que Jesucristo es, por así decirlo, el gran tema de meditación.

Pero lo importante no es pensar mucho sino amar mucho. La fe pone en marcha la caridad, ejercitadla. Vuelvo a emplear el término ‘ejercitar’. No os engañéis; no propongo un voluntarismo desenfrenado. El ejercicio de la fe y la caridad debería ser tan natural como la respiración. Ejercer la caridad no consistirá tanto en provocar en vosotros emociones, fervores y sentimientos, sino, al contrario, adheriros con toda vuestra voluntad a Dios mismo y abrazaros a sus deseos e intereses.

También es propio del amor aspirar a la unión con aquel que se ama y a la felicidad que esa unión promete. Cuando se trata de Dios, esa aspiración se llama ‘esperanza’. Ejercitad pues también la esperanza.

ORACIÓN TEOLOGAL

La oración que acabo de describir es llamada ‘oración teologal’. Se habla de ella muchas veces como de un pasatiempo para jubilados. Sus detractores manifiestan que si es buena para los monjes, no es de interés para quienes están comprometidos en los rudos combates de la acción.

¡Veamos! Hay que preocuparse por la eficacia, dicen. Se les podría responder que alabanza y adoración prevalecen sobre la acción. Pero, ya sólo en el plano de la eficacia en el que ellos se sitúan, ésta oración se defiende sin dificultad. ‘El actuar sigue al ser’, decían los antiguos escolásticos; ahora bien, la oración teologal, porque origina una prodigiosa renovación de nuestro ser al ponernos en contacto con nuestro Creador, multiplica nuestra eficacia. No hay más que leer la vida de los santos, de una santa Teresa de Ávila, por ejemplo, para convencernos de ello.

ORACIÓN PRÁCTICA

Pero defender la oración teologal no es condenar esa otra forma de oración llamada ‘oración práctica’. No hay ningún motivo para oponer estos dos tipos de oración; hay, incluso todo el interés de aproximarlas y combinarlas.

Que es necesario perfeccionar nuestra vida, reflexionar sobre nuestros afectos, nuestros pensamientos y comportamientos para corregirlos, es más que

evidente. Es ese, precisamente, el objetivo de la ‘oración práctica’. ¿Por qué no habría de ser ésta la conclusión normal de una meditación teologal? La mirada de fe, después de haber contemplado a Dios, se volvería hacia nuestra vida; la caridad, después de haber renovado nuestra intimidad con Él, nos empujaría a servirlo en nuestras tareas cotidianas. Un amigo mío nunca acaba su oración sin —lo que él llama— ‘la meditación sobre la agenda’, la abre, reflexiona sobre su jornada, se la ofrece al Señor, enumera a aquéllos con los que se debe encontrar, y su enumeración se hace intercesión.

RESISTIR

¿Seguís pensando al final de esta carta que la oración es un ejercicio muy poco sencillo, desalentador para quienes ya tienen una existencia tan complicada? No os detengáis en esa impresión. Las acciones más vitales parecen complicadas cuando las analizamos: bajar una escalera, respirar, amar; pero para quien las realiza habitualmente son de una gran simplicidad. Es justamente ésta última palabra la que designa esa forma de oración a la que llega quien persevera en ella: ‘la oración de simplicidad’.

Antes de dejaros, añadiré una última observación. Así como nadie se vuelve ebanista, músico o escritor de la noche a la mañana, tampoco nadie se convierte en persona de oración sin un concienzudo aprendizaje”.

(Carta a los Equipos de Nuestra Señora, septiembre-octubre, 1970)

Para la Sentada

- Haced cada uno su proyecto de los 96 ¼ de hora: ¿En qué utilizo mi tiempo? Dialogadlo después en pareja. ¿Seremos capaces de modificar este uso del tiempo, en particular, para hacer sitio a la oración? ¿Cómo podemos ayudarnos mutuamente en esa modificación?
- La oración es un 'cara a cara' con Dios; nuestro deseo y necesidad de la misma es diferente: ¿podemos abordarlo y ver cómo nos ayudamos a perseverar en este Punto Concreto de Esfuerzo?
- Reflexionad y compartid entre vosotros acerca de cómo la oración alimenta e ilumina vuestra vida.

Para compartir en la reunión del equipo

- Cada uno, por turno, explique por qué y cómo hace la oración: lugar, tiempo, frecuencia, forma...; cómo alimenta su deseo de orar: lecturas, retiros, diálogo con algún consiliario...; la evolución de su oración a lo largo del tiempo y cómo le ayuda en su vida y en su acción en el mundo.

Para la Oración

Quien no respira no puede vivir

«Estad siempre alegres, orad sin cesar y dad gracias a Dios en toda ocasión; ésta es, por voluntad de Dios, vuestra vocación de cristianos. No apaguéis el Espíritu, no despreciéis lo que dicen los profetas. Examinadlo todo y quedaos con lo bueno. Evitad toda clase de mal, dondequiera lo encontréis.

Que el Dios de la paz os haga santos en toda vuestra persona. Que se digne guardaros sin reproche, en su espíritu, alma y cuerpo, hasta la venida de Cristo Jesús, nuestro Señor. El que os llamó es fiel, y así lo hará».

(1Ts 5, 16-24)

Para vivir la ayuda mutua

Haced entre todos una lista de medios concretos que os puedan estimular y ayudar a la práctica de la oración (siempre a la misma hora del día, llamaros unos a otros, etc.).

Cuarta reunión

Luchar

Al final de su vida el P. Caffarel confesaba haber sido ingenuo al inicio de su ministerio al subestimar la fuerza del egoísmo y no recomendar lo suficiente la ascesis: “con razón insistí en la oración —decía él— pero hice seres cojos al no darle el complemento indispensable para caminar hacia la santidad: la ascesis”. Rápidamente se dio cuenta de que el gran obstáculo al amor, que es el egoísmo, debía ser enérgicamente combatido bajo todas sus formas (ésta es una de las funciones de la Regla de Vida).

¿Cruz o alegría?

El P. Caffarel piensa que es necesario, antes de nada, presentar un cristianismo auténtico en el que el acento puesto en la resurrección, justamente en reacción a un período jansenista —estamos en 1948— no nos haga olvidar el lugar de la Cruz.

“Vuestra generación descubrió ciertos valores esenciales. Palabras que surgen sin cesar en las conversaciones y que los escritos atestiguan: humanismo, alegría, amor, equilibrio, encarnación, apertura, etc.

Y os apegáis a esos valores. En primer lugar para vosotros mismos. Y también para los no creyentes que os rodean: esperáis que sean seducidos por ellos y que así obtengáis, si no su conversión, al menos su estima por el cristianismo.

Que estos valores de los que hablamos, sean auténticamente cristianos, no lo dudo, pero el apego celoso, susceptible, exclusivo que le tienen muchos de nuestros contemporáneos, me parece sospechoso. ¿No encubrirá el rechazo de otros valores cristianos, no menos auténticos: la renuncia, la mortificación, la penitencia, la cruz?

Se leía en el informe de una encuesta sobre las aspiraciones de los cristianos de hoy, esta respuesta: ‘los santos modernos se fijarán menos en la pobreza y en la humillación de ese Dios hecho hombre que en la riqueza humana de aquel

hombre que encarna a Dios y que tiene la fortuna de contar con una madre admirable, con unos amigos que lo quieren, con los dones de inteligencia, poder, belleza física, ascendencia moral, puestos al servicio de Dios. Los santos del mañana serán menos penitentes que los reyes del mundo'. Reconoced que estas palabras parecen delatar un cierto desconocimiento de la cruz. ¿Me haréis la observación de que no comprometen nada más que a su autor y que sería un error el generalizar? ¿Pero, realmente eso es así? ¿No lo firmarían muchos?

No debemos, así mismo, olvidar las palabras de Cristo: «Si alguno quiere seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz de cada día y que me siga» (Lc 9, 23). Ni las de San Pablo: «Mientras los judíos piden milagros y los griegos buscan el saber, nosotros proclamamos a un Mesías crucificado, escándalo para los judíos, locura para los griegos» (1Co 1, 22-23).

El equilibrio cristiano se expresa a través del binomio paulino: Muerte – Resurrección. Cuando se elimina o se subestima uno de ellos, se falsea la espiritualidad cristiana.

Tenéis toda la razón en querer presentar a los no creyentes el rostro alegre y dinámico del amor y de la fe. Pero no olvidéis que la pasión precede a la resurrección, que la alegría es fruto de la cruz. 'Quien no toma su cruz día a día', es decir, quien no da muerte incansable a un egoísmo que renace continuamente, quien no acepta los sufrimientos, pequeños o grandes, como medio de purificación, nunca ofrecerá el panorama de un amor radiante, de una religión atractiva".

(Carta mensual, marzo 1948)

Desconfía de Alfonso

La ascesis es indispensable. Pero atención a su sutil desvío hacia el fariseísmo. Es preciso escuchar esta seria advertencia.

“Sabed que por el hecho de pertenecer a los Equipos de Nuestra Señora pesa sobre vosotros una gran amenaza. Siempre pesa sobre todos aquéllos que se agrupan para vivir una vida mejor. En todos los tiempos ha sido el temor de quienes han tomado la iniciativa en esta clase de agrupaciones. Esta amenaza terrible es el fariseísmo. No aquél que se designa normalmente con este término: una ‘conciencia tranquila’ más o menos hipócrita. Sino ese fariseísmo que arrancó a Cristo las implacables maldiciones que no podemos leer sin quedar impresionados.

¿Quiénes son estos Fariseos, de los que Cristo nos dice que el pecado de las prostitutas es poca cosa comparado con el suyo. Son hombres agrupados para salvaguardar su vida religiosa de toda contaminación pagana, perseverantes en la meditación y en la práctica de la ley. Muchos, según parece, son muy rigurosos en el cumplimiento de sus deberes religiosos y en las minuciosas prácticas que su propia regla les impone. Entonces, me preguntaréis, ¿por qué merecen la indignación de Cristo? Ellos esperan su salvación de la Ley, de la práctica de la Ley, y por tanto, de ellos mismos. Según ellos, es santo quien practica a la perfección la **ley**. De tal manera que cuando un salvador se presenta, no sienten la necesidad de tenderle la mano. Ése es su pecado imperdonable: se consideran justos porque practican la ley, no tienen necesidad de ser salvados, lo que equivale a pensar que la vida y la muerte de Cristo son inútiles. Al menos la prostituta no se considera justa, tiene una gran necesidad de ser salvada.

He aquí el peligro: considerarse justo por el simple hecho de practicar la ley. Pues bien, no, ¡mil veces no! Incluso aquél que da todos sus bienes a los pobres, puede ser un tambor vacío y ruidoso, nos dice San Pablo. Para ser justo a los ojos de Dios, no basta someterse a unos mandamientos; tiene que poseer el Espíritu Santo y la caridad que Él infunde en nuestros corazones. Desdichado el hom-

bre virtuoso, diligente, austero, esforzado, si está contento consigo mismo, satisfecho, si no se reconoce pecador, si no espera y no llama al Salvador. Astuto demonio: a los que no puede descarriar haciéndolos caer —lo conseguirá si no se ponen en guardia— inequívocamente los alentará aún más a salvarse a sí mismos por sus propias fuerzas: lo importante es que ellos consideren que no tienen necesidad de ser salvados por otro, por Dios, y no recurran a Él.

«Oh Dios, te doy gracias, por no ser como el resto de los hombres que son ladrones, adúlteros...», así rezaba el fariseo de la parábola. Cristo no nos dice que él mintiera. Ni que el publicano mentía al considerarse pecador. Y no obstante, es el virtuoso el que es condenado y el pecador el que es salvado, precisamente porque éste último confiesa su necesidad de un salvador.

¿Es una invitación a pecar lo que yo os propongo? Es evidente que no, pero **sí** una invitación, por más virtuosos que seáis, a reconocer que vuestra virtud es insignificante si no es irradiación de Cristo que habita en vosotros, que vuestra seguridad es ilusoria si no tiene a Dios como fundamento. ¿Invitación a dejar los Equipos? Ciertamente que no, sí una invitación a recurrir al camino que puede salvar del fariseísmo: **la oración**. La oración auténtica es el único antídoto conocido. He aquí la razón por la cual un grupo religioso que no sea una escuela de oración es terriblemente peligroso: no es sino una fábrica de fariseos [...].

Verdaderamente, si después de dos o tres años de vida de equipo, no habéis aprendido a rezar y no hacéis de la oración una parte esencial en vuestras vidas, no escaparéis del fariseísmo: iréis viendo aparecer, poco a poco, los síntomas del mal y, paso a paso, iréis accediendo: **a la autosatisfacción**, favorecida principalmente por la comparación con aquéllos que os rodean y que son, sin duda alguna, menos virtuosos que vosotros; **a la tranquilidad de conciencia**, que es una esclerosis espiritual; **a la convicción de ser honesto**, cuando no pasáis de ser ‘bien pensantes’, expresión moderna para designar al fariseo, la disimulada satisfacción de verificar y de señalar los pecados de los otros. Y si, al leer estas líneas, comprobáis que estos síntomas no existen en vosotros, no os quedéis totalmente tranquilos.

La oración, hablo de la verdadera oración, prolongada, tiene una maravillosa virtud para conducirnos al descubrimiento de Dios y de nosotros mismos, de la santidad de Dios y de nuestra necesidad cotidiana de ser salvados.

Si habéis llegado a rezar como San Alfonso María de Ligorio, quedaos en paz, no estáis en peligro inminente de fariseísmo: «Señor, desconfía de Alfonso —decía él— es muy capaz de traicionarnos hoy»”.

(Carta mensual, enero 1958)

De nuevo la ascesis

¿Entonces, qué es la ascesis? Un esfuerzo sistemático y perseverante para apartar los obstáculos al amor y cultivar aquello que lo favorece.

“Demasiadas conferencias, demasiados artículos sobre la ascesis y, por lo que parece, los matrimonios de Equipos acaban por perderse en medio de todo eso. Acabo de comprobarlo al hablar con tres de ellos que me abordaron para hablar de este tema. La conversación terminó con esta exclamación: «¡si usted me hubiese dicho eso antes!». O: «eso», como algo demasiado simple.

Voy, pues, a ser simple, incluso simplista con todos vosotros, como lo fui con mis tres interlocutores del otro día. No voy a argumentar, sino apelar a vuestra experiencia cotidiana:

Si sabéis amar, sabéis lo que es la ascesis. Los que practican el amor son necesariamente practican la ascesis. Porque la ascesis no es una exigencia arbitraria de predicador malhumorado, sino una exigencia fundamental del amor. No hay medalla que no tenga anverso y reverso, ni moneda que no tenga cara y cruz; amor y ascesis son las dos caras de la misma realidad.

Nunca progresaré en el amor al otro si no mortifico el amor a mí mismo porque éste es egoísta y reivindicativo. De hecho, no puedo, al mismo tiempo, dar

y tomar, estar en una actitud de darme a mí mismo y obedecer a mi apetencia; ser oblativo y dominante, comprometerme y reservarme, tener el centro de interés en mí y en otro.

A decir verdad, amor y egoísmo cohabitan en mi corazón. Pero esta coexistencia no es pacífica. Ambos se llevan mal, se oponen. Están, abiertamente o no, en perpetuo conflicto. A no ser que, con mi complicidad, firmen un pacto para que compartan entre ellos, mi corazón y mi vida. Por otra parte, pacto entre tramposos: insidiosamente, cada uno va a esforzarse en eliminar al otro. Amor y egoísmo tienden a la hegemonía.

¡Atención! Al leerme, no entréis en especulaciones. Entrad más bien en vosotros mismos, como yo mismo hago al escribiros. Cuidad, vigilad los movimientos de vuestro corazón. Entregaros, aunque sólo sea por un día, a un despiadado examen, no diré ‘de conciencia’ porque la expresión me irrita, sino ‘de corazón’. Y por la noche estudiad el trazado de vuestro ‘electrocardiograma’.

Amáis a vuestra mujer, a vuestro marido. Y deseáis amarlo cada vez más (porque no hay amor en el corazón que diga ‘ya es suficiente’ y no desee amar cada vez más y mejor). Comprobáis, sin embargo, que muchas cosas bloquean, obstaculizan, relentilizan vuestro impulso de amor: es, en vuestras conversaciones, la necesidad de no ceder, de tener siempre la razón; es, por ejemplo cuando suena el teléfono, la secreta esperanza de que el otro conteste antes que tú; es, el demonio del silencio que os impide dar lo mejor de vosotros mismos, en la oración conyugal por ejemplo; o, por el contrario, es el demonio charlatán que os hace hablar de vosotros mismos mientras que en el otro crece la secreta angustia de no ser jamás escuchado. ¿Y todas esas turbaciones? ¿es el amor al otro el que las engendra? A lo largo del día, ¿hacia donde apunta la flecha de vuestra brújula? ¿hacia la felicidad, el bien del otro o hacia vosotros mismos? ¿y en vuestras relaciones sexuales?

No sería muy interesante que os preguntaseis también acerca de las relaciones con vuestros hijos. ¡Cuántos reproches son dictados por un amor propio

herido más que por una verdadera ternura! Pero me paro aquí, ya que este campo es demasiado amplio.

¿He conseguido demostraros que todo amor implica una ascesis, entendida ésta como una preocupación, un esfuerzo valiente, leal, inteligente, metódico, perseverante, para disciplinar el egoísmo que sin cesar, abierta o insidiosamente, impide el amor; y para cultivar en nosotros todo aquello que nos hará acceder a un amor mayor?

Y si el amor humano exige la ascesis, ¡con cuánta más razón el amor hacia Dios!”

(Carta mensual, mayo-junio 1972)

Para la Sentada

- No hay vida espiritual sin lucha. Lucha contra los enemigos interiores y exteriores. Esencialmente contra el egoísmo que, en nosotros, impide el camino al amor. ¿Nos ayudamos en pareja a mirar de frente nuestra vida para detectar en ella lo que favorece el amor y lo que va contra él? ¿Y a corregir lo que sea conveniente? En definitiva, ¿qué quiere decir 'ascesis' para nuestro matrimonio?

Para compartir en la reunión del equipo

- En nuestro tiempo se habla mucho de apertura, ¿cuál es la verdadera apertura para el cristiano?
- ¿Nuestra pertenencia a los Equipos de Nuestra Señora nos hace tender al fariseísmo como el P. Caffarel temía? ¿En qué señales podemos reconocerlo?
- ¿Cómo luchar contra ese fariseísmo?
- ¿Cómo vivir la ascesis fuera del matrimonio, de la familia, del Equipo?

Para la Oración**Los que viven son los que luchan**

«¿No sabéis que en la carreras del estadio todos corren, mas uno sólo recibe el premio? ¡Corred de manera que lo consigáis! Los atletas se privan de todo; y eso ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Así pues, yo corro, no como a la ventura; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío, sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificad».

(1Cor 9, 24 – 27)

Para vivir la ayuda mutua

La Regla de Vida en los Equipos de Nuestra Señora es una traducción resumida del esfuerzo general de ascesis. El equipo puede buscar medios concretos para ayudar a cada miembro a elaborar su Regla de Vida.

Quinta reunión
**Construir
el matrimonio**

Los Equipos de Nuestra Señora fueron fundados para ayudar a los matrimonios a construirse, humana y cristianamente, apoyándose en los incomparables recursos del Sacramento del Matrimonio. Se trata de una tarea larga que hay que volver a empezar constantemente. De ahí las repetidas exhortaciones del P. Caffarel.

Hay algo más que unos padres

Es la pareja la que es el sólido fundamento de la familia. Importa, pues, garantizar en primer lugar la solidez de la pareja y perseverar hasta el final en el fortalecimiento del amor conyugal.

“Me decía recientemente un matrimonio: «En los Equipos de Nuestra Señora ya no se cree en el amor. Ya no encontramos cónyuges, sólo padres».

Por supuesto, no tomé en sentido trágico esta observación demasiado radical. Sin embargo, me pregunté si, de todas maneras, no tendría algo de verdad, así es que me confíe a uno de los responsables. Educadamente y un poco protegiéndome, me respondió: «¿No querrá usted que después de 15 años casados, habiendo tenido siete hijos, juguemos aún a los tórtolos? De todas formas nos entendemos bien». Esta respuesta no me tranquilizó en absoluto: empleaba la palabra ‘entenderse’ cuando yo hubiera preferido oír ‘amarse’.

Los Equipos de Nuestra Señora se fundamentan en una cierta idea de amor. Más exactamente, en la convicción profunda de que el amor conyugal es una realidad magnífica: la obra del sexto día que corona la pirámide de los seres creados, el símbolo más deslumbrante, más esencial, el que revela la relación de amor que Dios quiere establecer con todos los hombres, que la revela y la realiza. Qué pena no poder reproducir aquí mi artículo: ‘Vocación al amor’ publicado en *Misterio de Amor*. Os lo ruego, releedlo si habéis llegado al punto de ‘os entendéis bien’.

Releed, al menos, estas primeras líneas de la 'la Carta': «Los matrimonios de Equipos de Nuestra Señora quieren que su amor, santificado por el sacramento del matrimonio, sea una alabanza a Dios, un testimonio para los hombres probándoles, con toda certeza, que Cristo salvó el amor».

Sobre todo no os engañéis a vosotros mismos. Si ya no tenéis fe en el amor, no llaméis a eso sabiduría o madurez. Si vuestro amor está mitigado, no os disculpéis diciendo que hay cosas mucho más urgentes, si no más importantes: la educación de los hijos que crecen, las responsabilidades sociales que se hacen pesadas. Pero esos hijos tienen una necesidad imperiosa de vuestro amor; fue él el que los hizo nacer, sólo él puede hacerlos crecer. Vuestro mismo valor como persona, sean cuales sean vuestros éxitos y vuestra posición jerárquica, está en peligro si vuestro amor decae. No os tranquilicéis demasiado fácilmente, pensando que, al menos, vuestra vida espiritual gana lo que vuestro amor pierde. No se construye la una con las ruinas del otro.

También el mundo que os rodea queda frustrado si vuestro amor se enfría. Este mundo, que no está lejos de renunciar al amor, de una cierta calidad de amor, y de sumergirse en el materialismo, tiene derecho a vuestro testimonio. Tiene necesidad de vislumbrar el amor divino irradiando desde la ternura humana, aprender de vosotros que Cristo vino a salvar el amor. ¿Podréis negarle ese testimonio?

P.S. No ignoro que el amor, al evolucionar, cambia de rostro. De hecho, no os pido que os améis como a los 20 años sino con un amor cada día más profundo, de no ser nunca cómplices de la degradación de vuestro amor, de no llamar madurez del amor a lo que no es sino un amor que se marchita”.

(Carta mensual, noviembre 1952)

Será como vuestra fe

La peregrinación de mil matrimonios a Roma, en 1959, es ocasión para que el P. Caffarel recuerde la grandeza del matrimonio cristiano y la imperiosa misión de extender su buena noticia.

“Vuelvo de Roma, a donde fui a abrir caminos para nuestra peregrinación.

Comprobando el interés y la simpatía que suscita la noticia de que mil matrimonios de nuestros Equipos van a llegar en poco tiempo a la ciudad eterna, busqué una explicación de la profunda impresión que siempre causan los encuentros de los matrimonios cristianos. Recordé el último día de nuestra peregrinación a Lourdes en 1951; antes de partir, los matrimonios, se dirigían a la *Gruta* para saludar a Nuestra Señora. A una cierta distancia, una religiosa mayor miraba a los matrimonios que llegaban en multitud apretujada. En su rostro se leía la alegría. Estaba conmovida, tenía lágrimas en sus ojos. No sé en qué pensaba: tal vez asistía a un milagro. Quinientos matrimonios en los que marido y mujer se arrodillaban juntos, oraban juntos, se confiaban juntos a la Inmaculada; sí, aquello debía parecerle un gran milagro. Y sus lágrimas eran un homenaje a la omnipotente gracia del Señor que hace estos milagros.

En verdad, un hogar cristiano es algo muy bello, es más, una gran obra de Dios; el brillo del sacramento, un reflejo de la inmensa ternura que une a Cristo con su Iglesia. Corréis el riesgo de estar habituados a esto, de dejar de admiraros, de dejar de alabar a Dios por ello. Y sobre todo, tal vez por estar rodeados de algunos de esos matrimonios, corréis el riesgo de no ver la multitud de matrimonios desilusionados, doloridos, despedazados.

Incluso si los veis, ¿no corréis el riesgo de olvidar que su desgracia es no haber tenido la gracia que vosotros tenéis de conocer el Sacramento del Matrimonio y sus riquezas? ¿Sentís junto a ellos el profundo malestar que se siente cuando se es rico en medio de una multitud de miserables? ¿Surge en vosotros la pregunta: **‘¿por qué nosotros y no ellos?’** Son suficientes unos años para que en esos millones de matrimonios que todos los años se formalizan en todo

el mundo, cuyo amor inicial es resplandeciente y desbordante de promesas, surja la decepción, o se deteriore y muchas veces fracase. Sí, **¿por qué vosotros y no ellos?** Porque ellos no invitaron a Cristo a su hogar, porque, por más desconcertante que eso sea después de veinte siglos de cristianismo, gran número de matrimonios aún ignora que Cristo vino a salvar el amor humano herido de muerte por el pecado; que Él derramó su sangre por ellos y que esa sangre derramada comunica su virtud a los esposos en el Sacramento del Matrimonio. Es necesario que esa ignorancia por parte de tantos hombres y mujeres y la conciencia de que vosotros sois unos privilegiados os parezca intolerable. Es preciso que esta 'buena noticia' de salvación del amor arda en vosotros, que estéis impacientes por trasmitirla, que pongáis en ello todas vuestras fuerzas y creatividad. Y, además de eso, que **recéis**.

[...] Tres condiciones, nos dice Cristo, garantizan la eficacia de la oración: tener fe en esa eficacia, unirse para rezar, dirigirse al Padre en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Vamos a cumplir estas condiciones! ¡Qué no podremos, entonces, esperar de estos ocho días de oración intensa! Es preciso que llegue a los confines del mundo la gran noticia: Cristo vino para salvar el amor; es preciso que restituya la esperanza a aquéllos que desesperan, que alegre a los hogares que empiezan, que multiplique los matrimonios en los que marido y mujer se arrodillan juntos, adoran juntos, dan gracias juntos, se ofrecen a Dios juntos y juntos se ponen a su servicio.”

(Carta mensual, abril 1959)

Una iglesia en miniatura

Partiendo, una vez más, del Sacramento del Matrimonio, el P. Caffarel resalta lo que es el matrimonio cristiano (y la familia): **‘una pequeña iglesia’**. Esto es lo que da a la oración conyugal (y familiar) su verdadero sentido.

“Cada vez que se quiere profundizar algún aspecto de la vida del matrimonio o de la familia, hay que volver a las enseñanzas de la Iglesia respecto al Sacramento del Matrimonio. Este sacramento tiene la característica de que su objetivo no es el individuo, como en el resto de los sacramentos, sino la pareja en cuanto pareja. De hecho, Él funda, consagra y santifica esta pequeña sociedad, única en su género, que forman el hombre y la mujer casados. Y es la única institución natural que goza del privilegio de entrar en el orden de la gracia, de unirse, en cuanto tal, al Cuerpo místico. Efectivamente, esto no se puede decir de una nación ni de un monasterio: sus miembros pueden estar perfectamente unidos al Cuerpo Místico, pero no el grupo en cuanto grupo. Mientras que la pareja, ella misma, se enrama en el Cuerpo Místico, se convierte en una ramificación de ese Cuerpo, cuya vida la penetra y la sustenta. Ahora, esa vida, lo sabéis bien, tiene una orientación doble: al mismo tiempo de culto y de apostolado.

A lo largo de las páginas que siguen, va ser en el primer aspecto en el que vamos a detener nuestra atención. Partamos de la noción de matrimonio cristiano. No es sólo el don recíproco del hombre y la mujer, es también el don, la consagración del matrimonio a Cristo. A partir de este momento, en esta pareja, que dándose se abre a Él, Jesucristo está presente; por esto san Juan Crisóstomo la llama una ‘Iglesia en miniatura’. Es cierto que esta presencia se da ya cuando dos o tres se reúnen en nombre de Cristo (*cf* Mt 18,20), pero en el caso de la pareja es más y mejor: un pacto, una alianza, en el sentido bíblico de la palabra, entre Cristo y el hogar. Aquello que Yahvé decía en otro tiempo: «Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo», Cristo lo dice, a su vez, a la pareja. Así pues, unido a la pareja, presente en el matrimonio, Cristo desea dar gracias a su Padre, e interceder con y a través de los esposos por el mundo entero...

El tiempo fuerte de este culto del matrimonio es precisamente la oración conyugal. Y en la noche, cuando un hombre, una mujer, rezan, es la oración del Hijo amado la que escucha el Padre de los Cielos, porque, en el corazón de los esposos, el Espíritu inspira sus sentimientos.

Mientras no se llegue a este nivel no se puede comprender bien ni promover la oración conyugal. Su necesidad y su grandeza sólo se explican bajo la perspectiva del Sacramento del Matrimonio. En una palabra, cuando Cristo une por su sacramento a un hombre y a una mujer es para fundar un santuario; en ese santuario que es el hogar cristiano, Cristo podrá celebrar, con la pareja y a través de ella, el gran culto filial de alabanza, de adoración y de intercesión que vino a instaurar en la tierra.

¿Y la oración familiar? Rápidamente, el matrimonio se convierte en familia. Entonces la oración conyugal se abre naturalmente a la oración familiar. **No digo:** la oración familiar sustituye a la oración conyugal; **sino:** la oración conyugal se abre a la oración familiar. Es importante esta distinción. Es decir, para captar el significado profundo de la oración familiar, es necesario partir de la oración conyugal.

El matrimonio es una célula de la Iglesia, ya lo hemos dicho, vive de la vida de la Iglesia; y la primera función, tanto para la pequeña célula como para la Iglesia entera, es el culto a Dios. Pero no hay que olvidar que el matrimonio tiene otra función característica y específica: la procreación. Pero la propia procreación en un hogar cristiano sólo se comprende bien en relación a su misión cultural. Expliquémoslo.

El gran objetivo de la fecundidad, en el hogar cristiano, es, o al menos debería ser, engendrar y formar ‘adoradores en espíritu y en verdad’ para que en la tierra se perpetúe el culto al verdadero Dios. Pero, mientras los niños toman el relevo y fundan a su vez otras familias, la oración conyugal se incorpora a ellos convirtiéndose, gracias a ellos, en oración familiar, como la savia del árbol pasa del tronco a las ramas para que den flores y frutos. La oración con-

yugal incorpora a los hijos para cantar la gloria del Señor en nombre del mundo entero.

Así entendida, la oración familiar, es muy diferente a lo que podríamos llamar ‘una costumbre encantadora’: es realmente la actividad primera, básica y fundamental de una familia cristiana. Es la que distingue a la familia cristiana de una familia no cristiana. Por consiguiente, la oración familiar no será sólo la oración del padre o de la madre, ni siquiera la oración de los dos, ni solamente la oración de los hijos sino la oración de todos, unánimes, en la que ninguno es simplemente espectador, en la que cada uno participa activamente”.

(Carta mensual, marzo 1962. Extracto de una conferencia)

Para la Sentada

- ¿Qué ha pasado con nuestro amor de novios o de recién casados? ¿Cómo ha franqueado las diferentes etapas de nuestra vida? ¿Cómo nos ha ayudado el Sacramento del Matrimonio?
- ¿Nuestro matrimonio es la primera de nuestras preocupaciones? ¿Por delante de la ocupaciones profesionales, sociales, y eclesiales?
- ¿Sabemos reservar momentos de intimidad para nosotros; comidas, fines de semana...? ¿Tenemos necesidad de todo eso para el crecimiento de nuestro amor conyugal?
- ¿Practicamos la oración conyugal? ¿De qué manera? ¿Es la que nos conviene a cada uno? ¿Y la oración familiar?

Para compartir en la reunión del equipo

Este capítulo ha puesto ante nuestros ojos la 'espiritualidad conyugal'. El camino de santidad para las personas casadas es su matrimonio consagrado por un sacramento, donde su amor se transforma por la gracia de Cristo.

- ¿Estamos convencidos de que Cristo nos une, que el Señor se comprometió con nosotros cuando nos comprometimos el uno al otro, que Él camina con nosotros en nuestra vida conyugal? ¿Qué consecuencias prácticas tiene todo esto para nosotros? ¿Qué sentido otorga esta realidad a nuestra 'Sentada' y a nuestra Oración conyugal?

- ¿Procuramos comunicar a otras parejas esta 'buena noticia'? ¿Cómo?

Para la Oración**Es grande este misterio**

«Maridos, amad a vuestras esposas, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla. El la purificó con el bautismo del agua y la palabra, porque quiso para sí una Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga y sin ningún defecto, sino santa e inmaculada. Del mismo modo, los maridos deben amar a su mujer como a su propio cuerpo. El que ama a su esposa se ama a sí mismo. Nadie menosprecia a su propio cuerpo, sino que lo alimenta y lo cuida. Así hace Cristo por la Iglesia, por nosotros, que somos los miembros de su Cuerpo. Por eso, el hombre dejará a su padre y a su madre para unirse a su mujer, y los dos serán una sola carne. Este es un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia. En cuanto a vosotros, cada uno debe amar a su mujer como así mismo, y la esposa debe respetar a su marido».

(Ef 5, 25 – 33)

Para vivir la ayuda mutua

Organizarse en Equipo para que cada matrimonio pueda vivir un encuentro conyugal de reflexión.

Sexta reunión
**Construir
el Equipo**

El equipo está al servicio de los matrimonios. En nuestro mundo paganizado un matrimonio cristiano aislado es un matrimonio en peligro. “Porque conocen su debilidad y los límites de sus fuerzas, a pesar de su buena voluntad, porque sienten cada día cuán difícil es vivir como cristianos en un mundo paganizado y porque tienen una fe inquebrantable en el poder de la ayuda mutua fraternal, han decidido formar equipo” (Carta de los Equipos de Nuestra Señora). Pero el equipo sólo ayudará si constituye una verdadera comunidad cristiana cimentada en la caridad.

El logro de la caridad

La caridad, que el Nuevo Testamento designa con el término ‘ágape’ es aquel amor que es la propia vida de Dios y que Dios comunica a sus hijos a través del bautismo. Es la marca distintiva de los hijos de Dios.

“Hoy quiero decirles por qué es tan importante que aumente sin cesar la caridad fraternal en vuestros Equipos.

❶ Un Equipo de matrimonios debe ser, antes que nada, una escuela de caridad. Cuando algunos matrimonios practican la ayuda mutua y el amor fraterno, poco a poco el corazón se ensancha. Y, gradualmente, su amor se extiende a la casa, al barrio, al país, hasta llegar los parajes más lejanos.

❷ Es importante construir iglesias en las que, día y noche, el Cristo de la Eucaristía habite. Pero no es menos necesario a la cristiandad fundar equipos de caridad: es otra manera de hacer presente a Cristo entre los hombres. Donde hay amor fraterno allí está Cristo Jesús. «Donde estén dos o tres reunidos en mi nombre, Yo estoy en medio de ellos».

❸ Presencia de Cristo es también presencia de la Iglesia. La Iglesia está donde los cristianos se aman. Pero, no está demás decir, que ella sólo está presente en una comunidad de cristianos si dicha comunidad se quiere a sí misma arraigada en la Iglesia, consagrada al servicio de la misma.

④ Es extraordinario el poder de los cristianos cuando están reunidos: «si dos de entre vosotros se unen en la tierra para pedir cualquier cosa, la obtendrán de mi Padre que está en el cielo».

⑤ El amor fraterno es una fuente espiritual excepcionalmente fecunda. A su alrededor, hasta el desierto florece. Decía un párroco de los suburbios: «cuando una calle de mi parroquia tiene mal ambiente, invito a dos hogares cristianos para que vivan allí (iesto era antes de la guerra) y ofrezcan simplemente un testimonio de amor fraterno. Al cabo de seis meses, los habitantes de la calle respiran un aire nuevo».

⑥ Un logro de caridad fraterna es un mensaje de Dios a los hombres. Es su mensaje más importante, el que revela la vida íntima de Dios, su vida trinitaria. No hay discurso sobre Dios que sea más elocuente y más persuasivo que el testimonio de los cristianos que ‘son uno’ como el Padre y el Hijo son Uno.

⑦ Nada en la tierra glorifica más a Dios que el logro de un amor fraterno, porque, ya lo hemos dicho, nada en la tierra se le asemeja tanto.

Que sea esta vuestra preocupación constante, hacer de vuestro Equipo **un éxito de caridad**”.

(Carta mensual, noviembre 1950)

Reunidos en mi nombre

La verdadera comunidad cristiana es la que se reúne «en nombre de Cristo». Esto es lo que el P. Caffarel subraya en la peregrinación a Lourdes en 1954.

“El pasado seis de junio, día de Pentecostés, después de la conferencia del P. Féret, hablaba con uno de vosotros, por las calles de Lourdes, de regreso a mi hotel. Mi interlocutor —un veterano en los Equipos— me expresaba su sor-

presa por la rara cualidad de las relaciones que se habían establecido en el tren, después de llevar apenas una hora de conversación, con varios miembros de su equipo-peregrino, cuando la víspera eran unos desconocidos. Se sorprendía, pero no se lo explicaba. La explicación que le di entonces, es la que os digo ahora; tal vez os ayude a descubrir mejor un aspecto esencial de vuestra vida de Equipo.

Podríamos clasificar las relaciones humanas de diferentes maneras: relaciones de parentesco, de compañeros; relaciones mundanas, relaciones de amistad, etc. cada una tiene su nota característica, su cualidad propia. Hay otro tipo de relaciones humanas, específicamente cristianas. Lo que les hace tener una cualidad excepcional es el valor de lo que se pone en común: no sólo pensamientos, gestos, sentimientos humanos, sino, sobre todo, la vida espiritual. Cristianos que aman a Cristo y confían prodigiosamente unos en otros hasta el punto de dejar entrever en ellos la vida de ese amor, las alegrías, los sufrimientos, las aspiraciones que él genera. Eso es lo que es tan impresionante: percibir en otros seres las vibraciones de la gracia, las luchas y las concesiones de un alma confrontada con la gracia.

Es hay más, la promesa de Cristo se cumple. «Donde estuvieren dos o tres reunidos en mi nombre, Yo estoy en medio de ellos». Sucede, a veces, que su Presencia misteriosa se manifiesta: la paz, la alegría, la luz que se recibe al compartir, no pueden tener otra explicación.

¿No es esta calidad de amor la que explica, en definitiva, la seducción ejercida por las primeras comunidades cristianas? ¡Mirad cómo se aman!, se admiraban aquéllos que se acercaban a ellas. Su irradiación nos llega todavía, veinte siglos después.

La ambición de nuestro Movimiento es hacer germinar en el seno de cada equipo y de cada hogar esa calidad en las relaciones humanas.

Oración en común, Participación, Puesta en común, Intercambio de puntos de vista (Tema de Estudio): son medios puestos a vuestra disposición para favorecer la unión al nivel de vuestras almas, «en nombre de Cristo», en Cris-

to. En ocasiones la tentación de quedar simplemente en el plano de la amistad humana es grande, pero es preciso resistir constantemente; la amistad cristiana es una conquista.

La Sentada, la preparación del Tema de Estudio, son otros medios ofrecidos, esta vez a los esposos, para ayudarlos a unirse también en Cristo. Apoyos útiles. Respeto humano, timidez, avaricia de corazón, la vida del día a día, reivindicaciones de la carne, son otros obstáculos a esa unión espiritual de los esposos. ¡Cuántos, incluso entre los mejores, pasan la vida entera sin experimentar esta intimidad con Cristo!: ponen en común todo, todo excepto lo más precioso: su vida con Cristo”

(Carta mensual, diciembre 1954)

Volver a respirar

El P. Caffarel expresa todo su pensamiento sobre lo que debe ser un equipo de Nuestra Señora en una reunión de equipo en su penúltimo editorial; un texto cuasi testamentario.

—“¿Vendría a hablar a todos nuestros Equipos reunidos?

—¿Sobre qué tema?

Mi interlocutor reflexiona un instante, me mira con una sonrisa un poco maliciosa y responde:

—«Suponga que muere al día siguiente de venir a nuestra casa, ¿de qué tema le gustaría tratar antes de dejar a los matrimonios de sus equipos?»

Estoy agradecido a aquel equipista por aquella respuesta. Me obligó, no sólo a meditar en la muerte sino también a repasar detenidamente los temas que considero más importantes para abordar en un auditorio de equipistas:

- La espiritualidad conyugal: ese camino hacia Dios, propio de cristianos casados.
- La Carta: el documento que hace veinticinco años daba al Movimiento su orientación espiritual, su estructura y su metodología.
- El Equipo, en tanto que triunfo de caridad, objetivo de todos los equipos.
- La psicología de los pequeños grupos: en qué condiciones un grupo encuentra su cohesión y mantiene su entusiasmo para alcanzar los objetivos propuestos.
- La profundización en la fe en este tiempo en que está tan amenazada.
- La misión de los Equipos de Nuestra Señora en la Iglesia de hoy.

Cada uno de estos temas, sucesivamente, me parecía imponerse como esencial. Terminé optando por otro diferente. En vísperas de mi muerte, dispongo de poco tiempo y no pudiendo decirlo todo, es necesario un testamento espiritual, palabras que vayan a lo esencial. Y decidí hablar del significado cristiano de una reunión de equipo. Paso a explicar:

La reunión mensual de un equipo no debe ser definida únicamente por su estructura, por su espíritu, por la amistad entre sus miembros, ni por el deseo de que sea una etapa en la búsqueda de Dios. Es preciso, en primer lugar, reconocer su substancia sobrenatural y su misterio. De hecho es, o debería ser, una realidad muy diferente de una reunión simplemente humana. Hay que comprenderla a partir de los versículos de san Mateo: «Donde estuvieren dos o tres reunidos en mi nombre, Yo estoy en medio de ellos» (*Mt 18, 20*). «Es más, os digo que si dos de entre vosotros se unen en la tierra para pedir cualquier cosa, ha de obtenerla de mi Padre que está en los cielos» (*Mt 18, 19*).

En medio de esos matrimonios reunidos en el salón de su casa, está intensamente presente el Resucitado, vivo, atento a todos, amando a cada uno tal como es, lo

que en él hay de malo y de bueno, y deseoso por ayudarlo a convertirse en lo que él quiere. Él está allí como en la tarde de Pascua en aquel cenáculo de Jerusalén cuando, de repente, se apareció a aquellos otros equipistas: los apóstoles. Soplo sobre ellos y les dijo: «recibid el Espíritu Santo». Y se volvieron hombres nuevos. Jesucristo, en medio de los matrimonios, no deja de enviar su Espíritu. Y aquéllos que se abren a su Soplo —se aprende poco a poco a abrirse— se vuelven hombres de ese Soplo. Y la reunión se desarrolla animada por el Espíritu. Esos hombres y mujeres que después de un día arduo, llegan muchas veces exhaustos, llenos de preocupaciones, el Espíritu les comunica esa doble paz de Cristo: su impaciencia por la gloria del Padre y su ardiente y dulce compasión para con las multitudes «que son como ovejas sin pastor».

Lo que acabo de decir no es lo que ocurre siempre, pero es lo que debería ocurrir. Porque una reunión de equipo que no es, por encima de todo, esfuerzo común para reencontrar a Jesucristo, es una cosa muy diferente a una reunión de un equipo de Nuestra Señora.

Encontrar a Cristo quiere decir, en primer lugar, ponerse a la escucha de Aquél que se sabe está ahí. Él nos habla en la Escritura —por eso amamos la Palabra de Dios—. Nos habla a través del magisterio de la Iglesia, elaborado poco a poco a través de la meditación bíblica. Nos habla desde el fondo del corazón de aquel hermano, de aquella hermana, pero muchas veces es necesario ir más allá de las palabras. Habla de diferentes maneras durante la reunión, pero es necesario tener «un corazón que escucha», según la expresión bíblica. Habla para hacer confidencias a cada uno, para revelar al Padre y su gran designio, para invitar a la conversión (nunca acabamos de convertirnos), habla para lanzarnos en ayuda de los otros... Habla, y se tiene la impresión de que todo eso es muy difícil de poner en práctica. Tanto más que Él no se contenta con hablar, sino que transforma a aquéllos que confiesan su impotencia, dándoles ese Espíritu de Fuerza que hizo de simples aldeanos de Galilea, incansables testigos del Salvador.

Pero la cuestión principal es ésta: ¿Vais a aceptar todo lo que acabo de decir como piadosas y edificantes palabras o la Realidad de la reunión de Equipo?

«Se hará a según vuestra fe». Lo que decía a las gentes de Palestina, Cristo os lo dice al inicio de cada reunión.

Hubo un tiempo en los Equipos de Nuestra Señora, y fue un tiempo de gran vitalidad en el Movimiento, en que se hablaba mucho de aquello que se llamaba ‘la pequeña Iglesia’. Esta palabra ‘Iglesia’ era muy apreciada porque tenía el mérito de sublimar el carácter de una reunión de cristianos en nombre de Cristo. ¿No hablaba San Pablo de la Iglesia que se reunía en casa de Aquila y Priscila, ese matrimonio a quien estaba tan unido?

Y si alguien me pregunta qué es lo que me permite designar con la misma palabra ‘iglesia’ tanto a la gran Iglesia de Jesucristo como a una pequeña reunión de fieles, responderé, por no desarrollar mi pensamiento más largamente: el pequeño grupo cristiano es verdaderamente una célula de la Iglesia. Ahora bien, la célula vive la vida del cuerpo; en cada célula de mi cuerpo, toda mi alma está viva y presente. De la misma manera, en cada célula de la Iglesia, en cada ‘ecclesia’, el alma de la gran Iglesia está presente, viva, impaciente por distribuir y desarrollar todas sus posibilidades de santificación.

¡Qué salto adelante no darían nuestros equipos si todos captasen plenamente estas perspectivas sobre la reunión mensual. Y las viviesen!

(Carta mensual, abril-marzo 1973)

Para la Sentada

- ¿Sentimos nosotros, con ocasión de encuentros entre equipos de Nuestra Señora, esa calidad de relación de la que el P. Caffarel habla aquí? ¿Cómo lo explicaríamos nosotros? ¿Vemos estos encuentros como una dimensión complementaria para nuestra propia vida de Equipo?

- ¿El pertenecer a nuestro Equipo es algo fundamental para nuestra espiritualidad conyugal? Reflexionemos acerca de nuestro deseo de ir a la reunión de equipo, de nuestra motivación, de nuestra preparación, de nuestra escucha y de nuestra acogida a los otros, de la seriedad de nuestra presencia, de los frutos recibidos, de los dones ofrecidos.

- ¿Tenemos alguna cosa que cambiar para que en la reunión de Equipo seamos todavía más que amigos, es decir, hermanos en Cristo Jesús?

Para compartir en la reunión del equipo

- El Equipo, 'logro de caridad'; el Equipo, 'pequeña Iglesia'... ¿Tiene nuestro Equipo alguna característica de aquella comunidad cristiana ideal? ¿Nos esforzamos al menos en ese sentido? Pasemos revista a las distintas partes de la reunión para ver cómo podemos vivirlas a la luz de lo estudiado en el tema.

- Podemos también reflexionar acerca de la evolución de nuestro Equipo a lo largo de los años (sobre todo si esos años son muchos) y preguntarnos: ¿El estado en el que estamos, es el que espera el Señor de nuestro Equipo?

Para la Oración**Por encima de todo, la caridad**

«Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de sentimientos de profunda compasión. Practicad la generosidad, la humildad, la dulzura, la paciencia. Soportaos unos a otros, y perdonaos mutuamente siempre que alguno tenga motivo de queja contra otro. El Señor os ha perdonado haced vosotros lo mismo. Sobre todo, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo habite en vuestros corazones: esa paz a la que habéis sido llamados, porque formáis un solo Cuerpo. Y vivid la acción de gracias. Que la Palabra de Cristo habite en vosotros con toda su riqueza. Instruíos en la verdadera sabiduría, corrigiéndoos unos a otros. Cantad a Dios con gratitud y de todo corazón salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que podáis decir o hacer, hacedlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por él a Dios Padre».

(Col 3, 12-17)

Para vivir la ayuda mutua

Reconociendo —como reconocemos— la calidad de nuestras relaciones y lo que nos enriquecen los Equipos de Nuestra Señora, ¿Nos preocupamos de proponer esa riqueza a otros matrimonios? Todos podemos ser 'informadores'.

Séptima reunión
**Vivir la vida
cotidiana**

El Evangelio debe penetrar, poco a poco, toda nuestra vida y todas nuestras actividades. No pudiendo reflexionar acerca de todo lo que nos corresponde hacer, en matrimonio y en equipo, contemplemos tres áreas importantes: la educación de los hijos, el trabajo y el tiempo libre.

¿Quién es mi prójimo?

En primer lugar, la educación. Los ejemplos que se proponen pertenecen a la época en que fueron escritos, pero la enseñanza fundamental se mantiene actual.

“Quedo aterrorizado con los fallos de educación en tantos hogares cristianos, de los dramas y desgracias de que soy testigo o confidente. ¡Lejos de mí pretender que todos esos fracasos sean imputables a los padres! Siento una profunda compasión por aquéllos que, sin haber descuidado su función educativa, son cruelmente probados en sus hijos. Pero en muchos casos descubro que es demasiado fácil e injusto echar todas las culpas a ‘la nueva ola’. Y el tono ácido y agresivo con que tantos padres acusan a sus hijos me parece revelar esa necesidad de hacer callar en ellos una voz interior que amenaza su seguridad.

Os pido, jóvenes matrimonios que me leéis, que no os precipitéis diciendo: no hay peligro de que nuestro hijo nos diga, por telegrama enviado desde la estación de esquí, que tiene una novia que no conocemos, como le pasó al hijo de X; educado en la rectitud y en la honestidad, no hay peligro de que se junte con un grupo de estudiantes ladrones, ni de que deje embarazada a una chica de quince años y la acompañe al extranjero a abortar...; de que nuestra hija, sin darnos cuenta, se deje arrastrar por alguna banda y no escape, sino por poco, de la red de proxenetas...; de que nuestro hijo sea descarriado por un individuo cualquiera, introducido en nuestra casa sin discernimiento suficiente...; de que nuestra hija, estudiante, se afilie al Partido Comunista, llevada más por su rebeldía contra la familia que por convicciones...

Todos estos casos, que conocí en estos últimos meses, se refieren a matrimonios como vosotros, es decir, creyentes, practicantes, preocupados por el pro-

greso espiritual y por el apostolado. No puedo, con todo, dejar de preguntarme si esos padres habían comprendido que estaban casados en **primer lugar** para tener hijos y hacer de ellos hijos de Dios, que sus hijos eran su primer prójimo, que asegurar su educación era su primera responsabilidad, que la educación es, por encima de todo, una cuestión de amor.

Y, si habían comprendido que era necesario amar a los hijos, ¿no habrán descubierto antes las exigencias del amor? ¿Habrán procurado descubrir y comprender la personalidad única de cada hijo —no de una vez, sino día a día— pues cada día todo ser vivo es nuevo? Y, para ayudar al crecimiento de esa personalidad, ¿habrán sabido unir al coraje de mandar, defender, castigar, el difícil arte de favorecer el nacimiento y desarrollo de una libertad? ¿Habrán sido padres ‘presentes’, me refiero a esa presencia espiritual que, preservando la soledad angustiante, da seguridad? ¿Habrán procurado mantener el diálogo, no sólo de palabras, sino de inteligencias y de corazones? ¿Habrán estado disponibles en el momento en el que un joven que se ahoga buscaba un tronco al que agarrarse? Todo esto exige tiempo, imaginación, inteligencia, carácter, corazón, espíritu de humildad y de abnegación. Es preciso amar; un amor auténtico; ahora recapaciten, da igual lo que piensen, el amor de los padres por sus hijos: muchas veces, no es sino un afecto visceral, sentimental, mezclado con amor propio. Y no es suficiente que ese afecto se multiplique en dedicación, consienta en sacrificios, recurra a la oración pura, es la mutua apertura y la confianza recíproca, es esa intimidad de persona a persona lo que consiste el amor verdadero.

Jóvenes matrimonios, estad vigilantes, descubrid las coartadas, no cedáis a la tentación de atribuir a sentimientos nobles, vuestras negligencias, vuestra dejadez en materia de educación: las responsabilidades profesionales y sociales, por muy importantes que sean, las exigencias de apostolado, **jamás** justifican la dimisión de un padre o de una madre.

Admito que es difícil amar verdaderamente, que vuestra tarea de educadores es complicada; sé muy bien que el mal ronda a vuestros hijos ‘buscando a quien devorar’. Entonces, ¿por qué no corréis junto a Dios y perseveráis? Hay gracias

que sólo se obtienen, demonios que sólo se expulsan, nos dice Cristo, con oración y penitencia. «Sin derramamiento de sangre no hay redención», escribía San Pablo. Ahora bien, precisamente la educación cristiana es una redención.

Que la Ayuda Mutua, esa ley fundamental de nuestro equipo, actúe plenamente en este campo de la educación. Sí es verdad que no tenéis que poner ‘sobre el tapete’, irreflexivamente, los problemas de vuestros hijos mayores, pero aún queda un gran margen para esa ayuda mutua”.

(Carta mensual, noviembre 1960)

Para los padres

Una vez más la educación, con una seria advertencia a los padres. Pero ¿ahora que la mayoría de las madres trabajan, no será también válida para ellas?

“¡Se podría lamentar, a veces, que Dios, al decidir el modo de la transmisión de la vida en la especie humana, no hubiese optado por la partenogénesis! Los hijos crecerían sin el sentimiento de no tener padre. En todos esos hogares en los que el padre está moralmente ausente, ellos están, más o menos gravemente, perturbados. ¡Los psiquiatras saben de eso!

Temo que haya en nuestro Movimiento muchos hogares de este tipo a juzgar por las confidencias de esposas e hijos mayores.

Es tan fácil para el padre encontrar buenas y tranquilizadoras razones. Con un trabajo profesional absorbente del que llega a casa tarde y cansado, le parece insoportable el barullo de los hijos y sus preguntas que nunca se acaban —¡sin ningún interés para aquel hombre consciente de sus responsabilidades sociales!— Y el periódico, las salidas de noche y las salidas de fin de semana para ir de caza, o mejor, para ir a reuniones apostólicas... En cuanto a las grandes vacaciones es el turno de que los hijos sean los que estén ausentes. E incluso,

si algunos días están juntos padres e hijos, descansan en bloque o cada uno tira para su lado y en raras ocasiones se ve al padre paseando sólo con algún hijo. ¿Por ventura sospechará los dramas que, a veces, torturan un corazón o una conciencia adolescente?

¿Qué estragos provoca en las almas de los hijos esa dimisión del padre, incluso cuando la madre hace todo lo que puede para paliarlo? Porque la acción del padre es insustituible para el desarrollo armónico de su inteligencia, de su discernimiento, de su afectividad, de su conciencia, de su vida religiosa, indispensable en una estructuración equilibrada de su personalidad humana y religiosa.

Es innegable que ‘los cabeza de familia’ muchas veces tienen una vida sobrecargada. Aun así, el hijo tiene derecho a la acción educadora de su padre. Por otra parte, pienso que ésta es más una cuestión de amor, de disponibilidad de corazón, de espíritu atento, que de tiempo; es más una cuestión de calidad de la presencia que de cantidad, por así decirlo. Porque también conozco padres muy absorbidos por sus responsabilidades profesionales, sociales y apostólicas y, sin embargo, maravillosos padres.

Es necesario añadir, que el propio padre es el primer beneficiado del cuidado que pone en la educación de los hijos. En efecto, el ejercicio consciente y cristiano de la función paterna es un medio excelente para crecer en renuncia y amor. Es también el primer apostolado.

Cuando la Iglesia enseña que el fin primero del matrimonio es la procreación, no sólo habla de engendrarlos, sino también de educarlos.

Para terminar os invito a leer el texto, particularmente sugestivo de Roger Martin du Gard, que encontré en el número especial de *L'Anneau d'Or*. ‘El Padre’ [...]:

«¿Qué conocí de él?... pensaba. Un rol, la función paterna. Una autoridad, de derecho divino, que ejerció sobre mí, sobre nosotros, durante

treinta años sin interrupción; por otra parte, conscientemente: brusco y duro, pero con buenas razones; dedicado a nosotros como a sus obligaciones... ¿Qué más conocí? Un representante social, considerado y temido. Pero él, él, el ser que era cuando estaba solo en presencia de él mismo, ¿quién era? No lo sé. Nunca expresó delante de mí ningún pensamiento, ni sentimiento, donde yo hubiera podido entrever algo de su intimidad, algo verdadero y profundo de él, sin ninguna máscara.

Y de mí, ¿qué sabía él? ¡Menos aún! ¡Nada! Cualquier compañero de colegio, al que no veo desde hace quince años, sabe más de mí... Cuando estábamos uno ante el otro, allí sólo había dos hombres cara a cara de la misma sangre, de la misma naturaleza; y entre aquellos dos hombres, entre aquel padre y aquel hijo, no había capacidad de comunicación, no había posibilidad de intercambio: ¡Dos extraños!”

(Carta mensual, mayo 1963)

El deber de competencia

Después de la educación, un vasto campo para evangelizar es el de la actividad profesional. Esa evangelización supone una base humana que es la competencia.

“En la tarde de un día de retiro, un médico amigo mío me confiaba: «He tomado la decisión de dedicar dos horas más a la semana a la lectura de mis revistas médicas».

Si hasta ese momento no rezara todos los días, hubiera preferido que su decisión hubiera sido dar a la oración un lugar importante. Pero no era ese el caso: mi amigo asiste a misa todas las mañanas; y en su vida superocupada de médico parisino, busca la forma de hacer todos los días una visita al Santísimo. Por eso, quedé conforme con su decisión, mucho más que si hubiese optado por una devoción más, y lo felicité efusivamente.

Muchos médicos, así quiero creerlo, leen revistas médicas. Sus motivos son variados: ambición, amor a la ciencia, dedicación a los enfermos. Pero que la decisión de mi amigo fuera tomada desde la fe y por la oración, eso es lo que merece una reflexión.

Hay, de hecho, un **deber de competencia**. Muchos cristianos lo ignoran, imaginando probablemente que ser religioso es suficiente en la vida. En un fascículo de la A.M.C.⁴ M. P. Chanson nos hace un retrato pintoresco de esos cristianos:

«Cierta empresario cristiano, respetado por todos, se volvió místico de repente. Pero tan celoso estaba de conseguir un recogimiento casi de índole monacal que hasta su profesión se volvió una carga para él. Y, ¿para qué enriquecerse? Es inteligente, diplomático, buen orador. Le insisten para que acepte la presidencia de su sindicato. ¡Dios mío, de ninguna manera! Sería motivo de orgullo. El leyó y releyó que cinco minutos de oración valen más que veinte años de vida activa. Ahora, gracias a su discernimiento del empleo del tiempo, hoy es una hora, mañana serán dos, tal vez tres, lo que podrá dedicar a la oración. Aparte del hábito, es un monje. ¿Cómo va a comprometer su espiritualidad en esa barahúnda que son esas asambleas? ¡Ya es bastante que la mujer y los hijos lo arranquen de la meditación; y la fastidiosa monotonía de los negocios! ¡Ah! Si estuviese sólo en el mundo se contentaría con la ración diaria de un cartujo. ¡Si pudiese consagrarse sólo a los suyos! El hogar, una sucursal del convento, ¡un sueño!»

Son los errores de conducta como éste los que hacen desconfiar de las palabras o las revistas de espiritualidad. Hablar a los laicos de vida interior, de unión con Dios, se piensa, que es animarlos a olvidar sus responsabilidades y a huir de sus deberes familiares, profesionales o apostólicos. ¿Es que el que se ocupa de Dios, no es capaz de ocuparse también de las cosas de la tierra? No

4. La «Association du Mariage Chrétien». Había sido fundada entre las dos guerras por el P. Viollet.

se comprende que la vida espiritual de los laicos no consiste en jugar a ser monje, sino en vivir la caridad en su propio estado de vida; que es precisamente esa caridad la que lo impulsa a dedicarse a sus trabajos con más competencia cada día, siendo esa competencia una forma de caridad.

Ser competente es, de hecho, amar a sus hermanos. Aquél que dedica inteligencia y esfuerzos a descubrir los secretos de la naturaleza, a elaborar buenas leyes para su ciudad, aquél que se capacita para ayudar a los enfermos o para reducir el sufrimiento de los hombres, ¿no practicará efectivamente el amor fraterno.

Ser competente es también amar a Dios. No lo ama más el que dice: ‘Señor, Señor...’ sino aquél que hace su voluntad y colabora con su obra. Porque Dios confió en los hombres hasta el punto de tener necesidad de su cooperación: la tierra no dará fruto sin el trabajo del labrador, el niño no será hombre sin educación. Pero, sin competencia, labradores o padres no pasan de colaboradores de poco valor.

Amar a Dios es, además, testimoniarlo. Pues, el cristiano competente es, en ciertos ambientes, el único testigo de Dios con autoridad. Donde la predicación no es escuchada y la virtud no es comprendida, se impone muchas veces la competencia. Si una asistente social, un agricultor o un profesor fueran competentes, aquéllos que los rodean, conquistados por el prestigio de esa competencia, son atraídos hacia el hombre y, a veces, hacia el Dios presente en el corazón de este hombre. De hecho se admiran: ¡los cristianos no buscan sólo el cielo! ¡Se apasionan también por los problemas sociales, por el arte, por la ciencia! ¿Será que el Dios de los cristianos se interesa de verdad por nuestro planeta, por las pequeñas cosas de los hombres? La apologética de la competencia, sobre todo cuando va reforzada con la apologética de la religiosidad,, puede tener éxito donde otras fallan.

Amigos, cuando realicéis la sentada, preguntaos sobre el deber de competencia”.

(L'Anneau d'Or, septiembre 1946)

¿Vacaciones, tiempo fuerte o débil?

Otro aspecto de nuestra vida que debe examinarse es el tiempo de ocio.
¿Está Dios presente en él?

“En primer lugar, ¿qué es lo que denominamos como vacaciones? Yo, lo definiría de buena gana así: el tiempo en que interrumpimos el trabajo habitual, escolar, profesional, doméstico. De ahí que parezca que si los estudiantes y los hombres tienen generalmente vacaciones, no siempre pasa lo mismo con las madres de familia, cuando tienen la misma necesidad —a veces más— que los otros miembros del hogar: observación hecha, de paso, para los maridos.

Al terminar las vacaciones observo en los padres, lo que los profesores en los estudiantes: un bajo tono espiritual (no entiendo aquí ‘espiritual’ como vida religiosa en sentido estricto). Las energías están flojas. ¿Un aumento de vitalidad física lleva consigo una disminución de vitalidad espiritual? Eso sería una gran decepción. Pero esto no está probado.

¿De dónde viene entonces esa disminución? ¿Será porque se abandonan, queriendo o sin querer, las prácticas religiosas cotidianas? Puede ser, aunque no necesariamente. No está ahí, me parece, la primera razón del debilitamiento. éste es de orden interior. En vacaciones se dan vacaciones al amor, se toma como norma de vida: ¿qué es lo que me place? Juego, descanso, paseos, lectura; todo es demandado por esa ley soberana. Entendedme bien, no es que yo halle reprensible, reposar, relajarse, hacer deporte..., es la intención: porque me place. De ahí la permanente atención a sí mismo, y por tanto la desatención a Dios a ya los otros; de ahí mis preferencias en detrimento de las preferencias de los otros. Como mientras durante el año no pueden hacer apenas lo que les place, sino que se esfuerzan por hacer la voluntad de Dios, —si no vista siempre como voluntad de Dios, al menos bajo el aspecto del deber—, llegadas las vacaciones se cambia radicalmente la orientación. Como si para descansar de haber amado y servido a Dios y a los otros durante once meses, fuera necesario, finalmente, amarse y servirse sólo a sí mismo. Se da vacaciones al amor y el egoísmo asegura la interinidad.

Ahí está el error. No hay vacaciones para el amor. ¿Acaso dejáis de respirar durante las vacaciones? ¡No! Entonces, no dejéis de amar, el amor es la respiración del alma.

Tenéis razón al interrumpir las tareas habituales, pero hacedlo porque ésa es la voluntad de Dios y en la medida en que es por amor a Él. Que el amor se mantenga despierto, alerta, vigilante, solícito. Que lo esté aún más que de costumbre. ¡Respirad a pleno pulmón! ¡Amad de todo corazón! El alma, como el cuerpo, tiene necesidad de rehacerse, de renovarse; ahora bien, es amar lo que regenera el alma. Y las vacaciones son —o deberían ser— precisamente un tiempo en que es más fácil amar; amar a Dios y amar a los otros. Más fácil amar a Dios porque la creación entera canta la gloria de Dios. Más fácil amar a los otros, porque se ha dejado la vida asfixiante y, sin prisas, juntos, se pueden descubrir, maravillarse, leer, hablar largamente... Tiempo en que es más fácil amar; es preciso, pues, ejercitarse en amar más y mejor. Entonces las vacaciones responden a su razón de ser: son una recreación. Recrean a cada uno. Y recrean los lazos entre el alma y Dios, entre marido y mujer, entre padres e hijos, entre hermanos. Ofrecen la oportunidad de establecer nuevos lazos con los vecinos, con los padres y los amigos reencontrados...

De regreso a casa puede retomarse el trabajo: el alma está más fuerte y la vitalidad aumentó.

Vuestras vacaciones serán un tiempo fuerte del año, porque haréis de ellas un tiempo para amar”.

(Carta mensual, junio 1955)

Para la Sentada

Podéis escoger y tratar uno de los temas que se proponen (o los tres para los valientes).

1. Educación

- ¿Cómo concebimos el reparto de responsabilidades o corresponsabilidad en la educación de los hijos?
- ¿Cómo ha evolucionado nuestra visión de la educación a lo largo de los años?
- Reflexionemos sobre la relación con nuestros hijos y/o con nuestros nietos. ¿Cuáles son nuestras aspiraciones para ellos? ¿Cómo ayudarnos uno al otro para progresar en su escucha? ¿Qué medios utilizar para ayudarlos a crecer, en particular en el plano espiritual?

2. Deber de competencia

- ¿Qué significa para cada uno de nosotros el deber de competencia, en casa o fuera, jóvenes o jubilados?
- ¿Cómo podemos ayudarnos el uno al otro en este campo?

3. Tiempo libre

- ¿Cómo organizamos nuestro tiempo libre? ¿Nuestras vacaciones? ¿Cuáles son nuestros criterios de elección? ¿Tenemos en cuenta las expectativas y aspiraciones de nuestro cónyuge?
- ¿Aceptaría dedicar una semana de mis vacaciones a una sesión de formación de los Equipos de Nuestra Señora o a un retiro? Sea nuestra respuesta sí o no, compartamos nuestras motivaciones.

Para compartir en la reunión del equipo

- La cuestión fundamental tiene que ver con nuestro estilo de vida; ¿está de acuerdo con los valores del Evangelio o está contaminado, más o menos, por los valores paganos? O sea, ¿vivimos realmente como cristianos? ¿Está marcada toda nuestra existencia por nuestra pertenencia a Cristo?
- Está claro que no fácil dar muerte al 'hombre viejo' (esto es al egoísmo) para revestirnos del 'hombre nuevo'. Es un trabajo que supone esfuerzo. ¿Tendemos al menos hacia ello? ¿De qué forma? ¿Cómo marca los espacios de nuestra existencia: educación, relaciones, trabajo profesional o doméstico, tiempo libre?

Para vivir la ayuda mutua

A la hora de poner en común, insistir más en los valores evangélicos que motivan nuestras opciones y nuestros compromisos.

Para la Oración

Vivir una vida nueva

«Os digo, pues, y os recomiendo encarecidamente en el nombre del Señor, que no viváis como viven los no creyentes; vacíos de pensamiento, entenebrecida la mente y alejados de la vida de Dios a causa de su ignorancia y su obstinación. Perdido el sentido moral, se han entregado al vicio y se dedican a todo género de impureza y de codicia. ¡No es eso lo que vosotros habéis aprendido sobre Cristo! Porque supongo que habéis oído hablar de él y que, en conformidad con la auténtica doctrina de Jesús, se os enseñó como cristianos a renunciar a vuestra conducta anterior y al hombre viejo, corrompido por apetencias engañosas. De este modo os renováis espiritualmente y os revestís del hombre nuevo creado a imagen de Dios, para llevar una vida verdaderamente recta».

(Ef 4, 17 – 24)

Octava reunión
**Preocuparse
por los otros**

Toda vocación lleva consigo una misión. Los dones que recibimos, materiales o espirituales, los recibimos para ser compartidos. El cristiano, como Cristo, se preocupa por los otros. No se encierra en sí mismo para gozar egoístamente lo que tiene, sino que se abre, acogedor y atento, a los otros. Vive y trabaja unido a Cristo, “para gloria de Dios y salvación del mundo”.

Ricos

Bajo muchos puntos de vista, nosotros somos unos privilegiados, incluso aunque muchos de nosotros se sientan amenazados por el azote del desempleo o la inestabilidad. Pero si nosotros estamos 'a salvo', ¿pensamos en los que no lo están?

“En respuesta a mi editorial en el nº 20 de *L'Anneau d'Or* ('Inquietud'), recibí esta carta que os transcribo:

«Soy el tipo de suscriptor pasivo, la Madre-de-familia-demasiado-ocupada-para-escribir! Pero, en esta ocasión reaccioné violentamente al leer su artículo. “Vuestra falta de inquietud me inquieta”, dice usted. Pero, padre, la inquietud nos **corroe**; es ese el término. La realidad está frente a nosotros, tan llena de miseria, ¿cómo sentirnos en paz? ¿Habrá mucha gente que viva feliz, contenta, en el seno de una familia tranquila, donde no falta nada, donde se vive a gusto con personas que se aman y que son agradables y ‘bien educadas’? Yo pensaba que eso era de otro tiempo. Por mi parte, encuentro muy difícil conseguir algunos momentos de paz y de tranquilidad. Entonces, con las manos en las manos en la cabeza, nos decimos: “nuestra posición social, nuestra fortuna (relativa) adquirida justamente, ha sido el buen Dios el que la ha querido; por otra parte, somos generosos de acuerdo con nuestros medios; etc., etc., ahí vamos un poco tranquilos. Pero no por mucho tiempo. Una mendiga llama a la puerta (una profesional, seguramente, no le doy nada...), pero, ¡ah!, ¿y si tiene hijos muertos de frío en su casa? Mis hijos son felices en torno a la chimenea, ¿cuál es el plan providencial: ¿su miseria o mi bienestar? Todo está con-

fuso. O bien, este testimonio del padre Depierre, un libro de Van der Meersch que cae en nuestras manos: ‘la miseria está ahí, nos observa, perturba nuestra comodidad, enmienda nuestros puntos de vista, razonablemente establecidos; ya no hay manera de ser feliz; y lo peor es que la bolsa de carbón o el dinero no apaciguan’. No, padre, ayúdenos, más bien, a encontrar la paz. La paz que viene de la caridad (como ve, me condeno a mí misma; ya se, todo viene de la falta de amor). ¿Cuál es nuestro lugar de burgueses ricos (o supuestamente ricos), en esta miseria del mundo? ¿Estas disculpas (plan providencial, etc.) no serán superficiales? Me pregunto muchas veces si su revista hecha para nosotros, comprendiendo y ayudándonos tanto en nuestros problemas, no haría mejor, a veces, mandando a paseo esos problemas y nos zarandeara predicándonos la pobreza, la caridad, el amor perfecto que se entrega totalmente. Me pregunto si unidos en esa caridad intensa, no veríamos más claramente la insignificancia de esos problemillas conyugales que tanto nos ocupan.

Tenemos conciencia de que somos poca cosa, pecadores, nos sentimos indecisos, inquietos, provocados, tristes por ver el mal sin tener el coraje de remediarlo. ¿Ahora que ha intentado inquietar a los tranquilos, no podría intentar apaciguar a los inquietos? ¡Es tan pesada esta angustia! ¡Sería tan simple estar tranquilo!»

¡Cómo suena esto a cristiano!

Por esta inquietud, interpelada por lo vivo, se reconoce al discípulo de Cristo. Anta la miseria del mundo, el cristiano reconoce su riqueza y se inquieta: ¿por qué yo y no ellos?

Vosotros, a los que me dirijo, todos sois ricos aunque no tengáis fortuna material. Ricos de cultura, de educación, de relaciones, de amistades, de esa familia donde hay amor; ricos de bienes infinitamente más preciosos: la fe, la gracia...

Y, a vuestro alrededor, una terrible pobreza: cuerpos hambrientos, corazones hambrientos, almas hambrientas.

¿Os mueve esta cuestión: porqué yo y no ellos? ¿Os mueve el deseo de compartir? Me diréis: “ellos no vienen a pedir” ¿De verdad? ¿Creéis que son ellos los que han de acercarse?

(Carta mensual, mayo 1948)

Una palabra sospechosa

La palabra “espiritualidad” suscita problemas. Conviene no engañarse sobre lo que significa. Ciertamente no significa evasión en el sueño.

“A quien os pregunta, qué son los Equipos de Nuestra Señora, respondéis: ‘grupos de espiritualidad’. Las reacciones que esta definición suscita, como habéis observado, son muchas. No todas son de interés o simpatía. A veces, es una simple sonrisa, condescendiente, como la que se ofrece a un simple maníaco, inofensivo pero inútil a sus semejantes, cuando admite coleccionar monedas romana, autógrafos o escarabajos... Otras veces, se oye decir: ‘yo no soy místico. Me basta con ser un buen cristiano: estoy demasiado ocupado con mis trabajos profesionales, familiares, sociales... para ocuparme también de la espiritualidad’. Otras veces, es un verdadero escándalo: ‘mientras que tanto sufrimiento exige el esfuerzo de todos, mientras que se desarrolla una civilización nueva, que se construirá, por otra parte, contra nosotros, si no se edifica con nosotros, ¿no es un engaño evadirse así de lo temporal?’

Estas reacciones revelan un grave error. Unos parecen equiparar la espiritualidad a un pasatiempo, a una práctica agradable. Otros, aunque dándoles más consideración, no ven en ella sino la ciencia de la oración y de la virtud: no se les pasaría por la cabeza el pensamiento de que la espiritualidad pueda tener alguna relación con las responsabilidades familiares, profesionales o cívicas... Tanto los unos como los otros ignoran lo que es exactamente la espiritualidad.

¿Cómo eliminar los equívocos?

Sin duda es necesario precisar qué es lo que designa, qué significa, la palabra **espiritualidad**.

La espiritualidad es la ciencia que trata de la vida cristiana y de los caminos que llevan a su pleno desarrollo.

Ahora bien, la vida cristiana integral no es sólo adoración, alabanza, ascesis, esfuerzo de vida interior. Es, también, servicio a Dios en el lugar que nos ha destinado: la familia, la profesión, la ciudad... Los matrimonios, así mismo, que se juntan para iniciarse en la espiritualidad, lejos de buscar medios para huir del mundo, se esfuerzan por aprender cómo, a ejemplo de Cristo, servir a Dios en toda su vida y en medio del mundo”.

(Carta mensual, junio 1950)

El apostolado de los laicos

El apostolado de los laicos fue situado en primer plano por el Concilio Vaticano II.

«Los laicos tienen por su propia unión con Cristo el deber y el derecho a ser apóstoles. Insertados por el bautismo en el Cuerpo místico de Cristo, fortificados gracias a la confirmación por el poder del Espíritu Santo, es el Señor mismo quien los designa para el apostolado. Si se consagran al sacerdocio real y a la nación santa (véase. 1 P 2, 4-10), esto es para hacer de todas sus acciones ofrendas espirituales, y para convertirse en testigos de Cristo sobre toda la tierra. Los sacramentos y sobre todo la santa Eucaristía les comunican y alimentan en ellos esta caridad que es como el alma de todo apostolado».

“Os invitaba, hace poco, a leer y a meditar los textos conciliares. Hay uno que os afecta directamente, el que acabo de citar: el Decreto sobre el Apostolado de los laicos. Un verdadero hijo de la Iglesia debe sentirse llamado no sólo a leerlo y a estudiarlo, sino también a confrontar su pensamiento y su vida con este documento. Y a sacar de seta confrontación conclusiones leales y vigorosas, porque ‘las condiciones actuales exigen de ellos (de los laicos) absolutamente un apostolado cada vez más intenso y más universal’.

No se puede decir que los textos conciliares sean siempre de lectura fácil para quien no tiene formación teológica, pero éste está al alcance de cualquier laico. No obstante, sólo un serio esfuerzo de análisis y de reflexión permite captar toda su riqueza. Y también evaluar todas sus exigencias; exigencias que, por otra parte, no son sino las del Evangelio, expresadas y traducidas por el Decreto conciliar para los cristianos de hoy.

Nuestro Movimiento en los próximos meses (estamos en 1966) os ayudará a penetrar cada vez más profundamente en la comprensión de este documento fundamental. Lo hará con una mayor eficacia si el texto os es ya familiar, si lo habéis reflexionado marido y mujer (y con los hijos mayores), si lo habéis debatido en equipo.

Os esperan grandes descubrimientos. Os lo garantizo”.

(Carta mensual, abril 1966)

Para la Sentada

Debemos preguntarnos acerca de nuestra preocupación por los otros. ¿Cómo se traduce concretamente en nuestra vida? Ciertamente no podemos remediar todo el sufrimiento del mundo. Nuestros medios son limitados, pero:

- ¿Tenemos esa orientación del corazón que nos vuelve atentos a los sufrimientos que nos son cercanos? ¿Somos creativos para socorrerlos y llevarles consuelo?
- Además de eso, muchas asociaciones de caridad reclaman nuestra colaboración, económica o personal. Es imposible responder a todos, pero, ¿damos de nuestro tiempo, de nuestro saber, de nuestra competencia?
- ¿Cuáles son nuestros criterios a la hora de escoger? ¿Tomamos las decisiones en pareja?

Para compartir en la reunión del equipo

- ¿Tenemos conciencia de la responsabilidad apostólica que nos corresponde por nuestro bautismo y nuestra confirmación? ¿De qué forma la ejercemos?
- ¿Leemos los textos del Concilio Vaticano II a este respecto? ¿Los estudiamos en Equipo y en matrimonio?
- ¿Para qué apostolado específico nos capacita nuestro Sacramento del Matrimonio? Etc.

Para la Oración

Hacerse todo a todos

«Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es, más bien, un deber que me incumbe. Y ¡Ay de mí, si no predicara el evangelio.

Siendo como soy plenamente libre, me he hecho esclavo de todos, para ganar a todos los que pueda. Me he hecho judío con los judíos, para ganar a los judíos; con los que viven bajo la ley de Moisés, yo, que no estoy bajo esa ley, vivo como lo estuviera, a ver si así los gano. Con los que están sin ley, yo, que no estoy sin ley de Dios pues mi ley es Cristo, vivo como si estuviera sin ley, a ser si también a éstos los gano. Me he hecho débil con los débiles, para ganar a los débiles. He tratado de adaptarme lo más posible a dos, para salvar como sea a alguno. Y todo esto lo hago por el evangelio, del cual espero participar».

(1 Cor 9, 16, 19-23)

Para vivir la ayuda mutua

¿No será hora de poner en marcha la 'hucha' del equipo? En cada reunión, cada uno deposita en una hucha, según su corazón y con sus posibilidades, la cantidad que vea conveniente; lo recaudado, queda disponible para ayudar a los miembros del equipo: en la participación en los encuentros de ENS, en las sesiones de formación, para ayudar a una pareja en dificultades, para donativos...

¡Oh, Tú!

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Déjame reunirme contigo en el fondo de mi corazón.

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Yo te adoro, Señor, en el fondo de mi corazón.

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Alabado seas Tú, Señor, en el fondo de mi corazón.

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Yo me ofrezco a tu amor en el fondo de mi corazón.

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Que surja tu alegría en el fondo de mi corazón.

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Guárdame de todo mal en el fondo de mi corazón.

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Hazme vivir de ti en el fondo de mi corazón.

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Quiero lo que tú quieres en el fondo de mi corazón

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Reúne el universo en el fondo de mi corazón.

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Ábreme sobre el mundo en el fondo de mi corazón.

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Glorifica tu santo nombre en el fondo de mi corazón.

Oh Tú que tienes Tu casa en el fondo de mi corazón,
Abismo de luz en el fondo de mi corazón.

P. Henri Caffarel

“Dieu, ce nom le plus trahi”

Éditions du Feu Nouveau

p. 203-204

Bibliografía

Las obras del Padre Caffarel están agotadas. Las Ediciones de *Feu Nouveau* que él había creado, donde todos sus libros habían aparecido, dejaron de existir. **No se pueden, pues, encontrar éstos sino en “mercado de ocasión”**. No obstante, al tener los derechos del Padre Caffarel, decidieron hacerlos reaparecer poco a poco. Por ello *Presence à Dieu*, *Cent lettres sur la prière* y *Aux carrefours de l'amour* están de nuevo en las librerías. Para las otras obras, nos limitaremos a indicar la fecha de su publicación.

Obras del Padre Henri Caffarel

- *Présence à Dieu, Cent lettres sur la prière*, Éditions Parole et Silence, 2000.
- *Aux carrefours de l'amour*, préface de Xavier Lacroix, Éditions Parole et Silence, 2001.
- *Propos sur l'amour et la grâce*, 1954.
- *L'Amour plus fort que la mort*, avec A.-M. Carré, L. Lochet, A.-M. Roguet, 1958.
- Th. R. Kelly, *Mon expérience de Dieu*, introduction d'Henri Caffarel, 1970.
- *Amour, qui es-tu ? Grandes pages sur l'amour d'écrivains contemporains présentées par Henri Caffarel*, 1971.
- *Nouvelles lettres sur la prière*, 1975.
- *Le Renouveau charismatique interpellé, études et documents* (avec J.-C. Bouchet), 1976.
- *Cinq soirées sur la prière intérieure*, 1980.
- *Camille C. ou l'emprise de Dieu*, 1982.
- *Prends chez toi Marie, ton épouse*, 1983.
- *Dieu, ce nom le plus trahi*, 1987.
- *Les Équipes Notre-Dame, Essor et mission des couples chrétiens*, Équipes Notre-Dame, 1988.

Para conocer mejor al Padre Caffarel

- *Henri Caffarel. Un homme saisi par Dieu*, biographie rédigée par Jean Allemand, Équipes Notre-Dame, 1997.
- *Prier 15 jours avec Henri Caffarel, fondateur des Équipes Notre-Dame*, Jean Allemand, Nouvelle Cité, 2002.



Equipos de Nuestra Señora

www.equiposens.org

Secretariado Español de ENS

San Marcos 3, 1º-1ª. 28004 Madrid

Tel/Fax 91 521 62 82. E-mail: ensespana@svmemory.com

E-mail Carta: cartaequipos@yahoo.es